



Verdadera

ZORRA, AMANTE, NIÑA, PECADORA,
MUJER Y MADRE CONTRA EL MILLONARIO

SUSANA TORRES



VENDIDA

*Zorra, Amante, Niña, Pecadora, Mujer y Madre contra el
Millonario*



Por **Susana Torres**

© Susana Torres 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Susana Torres.

Primera Edición.

Autora N°1 en Erótica (España) en menos de 7 días a la venta.

Dedicado a;

Francisco, por apoyarme siempre.

Iris, por confiar en mí y estar siempre ahí.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Cómo empezar mi historia? Me llamo Paula y sé que gusto a los hombres. Lo digo sin prepotencia y sin asignarme mérito alguno por ello. Me gusta gustar (¿y a quién no?) y aunque con mi sueldo de secretaria no tenga acceso a grandes marcas de moda, sé que un vestido negro ceñido de mercadillo puede hacer lucir las curvas que he heredado por genética y he mantenido a través del estrés y de la constancia, puede que, también, innatos.

Una ducha diaria, un mínimo cuidado del cabello, una vestimenta favorecedora y atractiva y dosis y dosis de confianza... El único motivo de mi orgullo y de mi felicidad, de mis intentos de serenidad y de mis ansias por mejorar es mi hija, Alberta. Ella y yo formamos el equipo al que siempre he querido pertenecer; nos une un lazo de confianza y admiración que siento inquebrantable e inalienable.

Ella es la única razón por la que levantarse de la cama en una mañana gris, el motivo por el que no cagarse literalmente en la mesa de tu jefe en un día extremo o no enviar muy lejos a aquel o aquella personaja de turno que parece haberse propuesto amargarnos el día por la insalubridad de esa animadversión de fuente desconocida y que expresa a través de la más agria de las expresiones.

Este mundo no está hecho para debiluchos, ni pusilánimes de alma o moral, mucho menos si tienes hijos a tu cargo. Un trabajo abusivo, una casa en propiedad inasequible, una cuenta bancaria que ronda los números rojos, un coche de segunda mano que siempre se estropea en el día más inoportuno... La fortaleza requerida debe ser mental al tiempo que física, el esfuerzo diario y el buen par de *ejem ejem* siempre bien armado.

Un “sálvese quién pueda” por encima de la empatía, la solidaridad y la responsabilidad de los propios actos, mientras me hago un *selfie* y entonces sí abro bien los ojos, ya que tan maravillosa ocasión así lo requiere, un *errrrr* no me había dado cuenta de que te estoy pisando, pero sigo presionando con fuerza. Mi ex, el padre de Alberta, tenía problemas con todo y con casi todos.

Expulsarlo literalmente de nuestras vidas cuando ella era un bebé ha sido una de las decisiones más valientes que he tomado. No quería que mi hija sufriera por los errores que yo había cometido, no podía permitir que la toxicidad de un ser tan adictivo e inestable como ése marcara el resto de nuestras vidas.

El nacimiento de mi pequeña desde luego cambió mis prioridades y mi perspectiva. Las medias mandarinas para los que pueden permitirse creer en ellas. Yo no soy pecho enamorado, sino una madre que debe sacar adelante a su hija con la única ayuda que el sino quiera prestarle... De alguna manera, el amor de madre me ha mantenido a flote todos estos años. Mi día a día, sumido en rutinas absorbentes, ha hecho que los años hayan pasado en un abrir y cerrar de ojos.

El único lujo que me permití durante mucho tiempo era ese evasor vaso de vodka con Nestea de melocotón blanco bien entrada la noche, cuando Alberta suspiraba de esa manera tan especial al dormir y yo entendía que podía quitarme el delantal de mamá, al menos hasta que ese suspirar tuviera lugar.

El alcohol calentaba mi cuerpo y mi alma, calmaba mi sobresaturada mente y daba tregua a mis necesidades económicas. Otro tipo de necesidades *ejem ejem* también se hacían más patentes. Sin tiempo para mí, había aprendido a ahogar mi deseo en soledad y a seguir la mecánica de las rutinas que acabas repitiendo a raja tabla a sabiendas de que el más mínimo cambio en ellas puede suponer el caos final...

A día de hoy sigo siendo es misma persona, pero sin ocultar, ni negar mi verdadera esencia hedonista. Por supuesto, que algo forme parte de nuestra naturaleza no lo convierte en aceptable. Sin embargo, hay puertas que una vez abiertas desaparecen para abocarte a la más profunda de las exploraciones de un terreno completamente desconocido hasta el momento.

Una historia, la mía, de amor, de deseo y de olvido, cruzados, interconectados; la historia del rayo de lujuria que estalló en mí y me hizo renacer sexualmente.

Siempre buscando, siempre quedándome con ganas, llegando a creer que sedienta es mi estado natural, que las maletas deben estar preparadas y ser ligeras. Dejas atrás sólo aquello que es digno de ser recordado y te olvidas del resto. Buscas y sigues necesitando.

Insistes y hay algo que no cesa, algo que no se llena, algo que nada tiene que ver con el hecho de ser una madre feliz, pero no por ello una mujer satisfecha. La realización profesional quedó atrás hace ya tiempo, pero la realización sexual y personal, en mi caso, es una asignatura pendiente...

No tengo solución. Muchos pensarán de mí que soy una mala madre sólo por

ello, pero ¡a quién le importa lo que piensen esos! Reconozco que me gusta atraer la mirada más sensual de los hombres.

Sin embargo, desde que abandoné al padre de Alberta no me he permitido demasiados juegos, ni romerías. Generalmente, mi condición de madre soltera era vista como un inconveniente, una carga demasiado pesada para los hombres que había conocido.

Ninguno que hubiera merecido la pena, por cierto. Ninguno hasta que llegó él, claro está.

* * * *

La noche en la que conocí a Fernando recuerdo que las calles, pese a estarse iniciando el otoño, se sentían frías. Mientras esperaba a mi amiga Carmen en el punto que habíamos acordado esa misma tarde vía Whatsapp, no tenía claro si me arrepentía de no haber destinado la noche en la que Alberta dormía en casa de su amiguita Marta a algo mejor, ¿cómo a qué? ¿a quedarme dormida en el sofá viendo una película cutre? Desde luego, había hecho bien. Era la falta de costumbre la que me acechaba... Empezaba a sentir frescas mis mejillas.

Una pareja adolescente que danzaba al ritmo de acordes para mí lejanos captó mi atención. La luz de una farola que parpadeaba les enfocaba. La chica se enderezó un grueso cinturón púrpura de cuero alrededor de la cintura de un vestido rojo intenso... Una canción de besos.

Pude ver como el chico deslizaba su mano bajo el dobladillo que poco cubría los jóvenes muslos de ella; el deseo se expresaba en sus cuerpos. Empezó a lloviznar. Cada gota parecía destinada a nutrir una tierra que a base de sequía se había echado a perder. Cerré mis ojos y dejé escapar un suspiro.

Corrí a resguardarme bajo el toldo más cercano. Mis rizos no se llevaban bien con la lluvia. ¿Cómo podía sentir celos de unos adolescentes cachondos? Empecé a hacer inventario mental de lo que debía llevar en el bolso malva para trasladar mi mente a un asunto menos bochornoso: el teléfono móvil, las llaves de casa, toallitas, chicles, protector labial, una pulserita de Alberta... ¿Por qué no habrán inventado ya un paraguas superplegable que quepa en los

bolsitos de fiesta? El asfalto empezaba a parecer empapado. Súbitamente, *piiii piiiiiii piiiiiii...*

Un claxon perturbador, pero justo a tiempo. Allí estaba ella, Carmen, la única “amiga” que tenía cerca, si es que me veía en el compromiso de tener que nombrar a una. Nos conocimos en el que fue mi primer trabajo en la ciudad. Era algo temporal, con bastantes pegajos y un sueldo irrisorio, pero pagaba el alquiler. A Carmen siempre le gustaron la fiesta y el lujo inalcanzable, amante de lo exclusivo y aspirante al excentricismo, no tenía ataduras, ni tampoco moral si la ocasión así lo requería.

Muchos pensaban en términos de prepotencia sobre ella. A mí me resultaba más que evidente que era un saco lleno de inseguridades cubierto con un falso *pret a porter* pasadísimo de temporada. Su corazón era de los que palpitaban con fuerza y digamos que en los últimos años se había convertido en una de mis aliadas más estables, pese a sus desequilibrios.

—Siento el retraso —gritaba Carmen, a través de la ventanilla del copiloto abierta de su Ford focus rojo —Vamos, entra. Te aseguro que nos espera una noche inolvidable. ¡Si supieras cuánto me ha costado conseguir estas entradas! —guiñó su ojo.

Abrí la puerta y me senté. Sonó muy fuerte al cerrarse. Una mirada de esperanza por su parte precedió a ese pisar a fondo del acelerador. No tardamos en llegar al viejo almacén de envasado de carne, una mole de cemento y ladrillo que yo creía condenada al abandono, pero que esa noche se había convertido en un emplazamiento más que original para celebrar la fiesta más *cool* de la ciudad.

Ver una serie de coches de alta gama aparcados geométricamente me alentó algo, aunque en caso de ser víctimas de algún psicópata no creo que mejorara la situación su condición de millonario ya que es bien sabido que el dinero excita los vicios y las perversiones. El edificio constaba de varias plantas. Había graffiti y garabatos en la mayor parte de la fachada y todas las ventanas parecían condenadas con cemento. Al menos había dejado de llover.

—¿Dónde estará la entrada? —me preguntaba en voz alta.

—Mira esa puerta iluminada de ahí... —respondió Carmen señalando con su dedo a la izquierda.

—Buuuuufffff, sigo sin tener claro que venir hasta aquí haya sido una buena

idea... No quiero que una foto de mi cadáver descuartizado aparezca mañana en la primera plana de la prensa local –insistí yo.

—Fuera esa cara de amargada. ¿Acaso esperas encontrar algo diferente en los mismos bares de siempre? Hagamos algo nuevo y divertido esta noche. Aprovecha que Alberta se ha quedado en casa de una amiguita para dejarte llevar y disfrutar un poco...

El rechinar de nuestros tacones era el único sonido perceptible a mis oídos. Desde luego, si ahí dentro se estaba celebrando la fiesta más salvaje y exclusiva de la ciudad, los efectos de insonorización eran una maravilla. A medida que nos acercábamos a la entrada principal, pude distinguir una pequeña ventana redonda en el centro de la puerta, la cual se abrió sin tan siquiera darnos tiempo de buscar un timbre o campanilla.

Un hombretón de proporciones propias de un luchador profesional bloqueaba la entrada. Iba vestido con un traje chaqueta negro.

—Buenas noches. Entradas –gruñó.

Carmen no tuvo que rebuscar mucho en su pequeño bolso con lentejuelas doradas y se las entregó. Tras escanearlas exhaustivamente, el gorila solicitó nuestros DNI. Nuevo chequeo y por fin llegó la bienvenida.

Un estrecho y oscuro pasillo nos condujo a una segunda puerta, custodiada a su vez por otro portero. Los techos eran altos y la falta de luz me empezaba a resultar incómoda. Me sentía intranquila por lo que íbamos a encontrar al otro lado. Tenía la sensación de estar en el sitio inadecuado.

Sin embargo, lo que nos esperaba tras aquella última puerta me sorprendió gratamente. Había presumido un olor que entremezclara cigarrillos y sudor —al fin y al cabo los dueños de cochazos fuman y secretan como cualquier hijo de obrero—, pero desatiné.

Un aroma de especias exóticas, ciertamente agradable, se desprendía del interior de aquella planta principal, rediseñada de forma tan creativa que nadie hubiera sido capaz de asociar con un almacén abandonado. Había grandes sofás y varias barras y mesas llenas de bebida y comida dispuestas de forma tan arbitraria como lo parecía estar la gente que se reunía a su alrededor. Las paredes habían sido teñidas de un intenso rojo sangre.

Un camarero vestido de negro nos acercó una bandeja de cócteles multicolores y Carmen no dudó en coger los dos más cercanos:

—Por nosotras y por esta noche —brindó.

Yo seguía analizando el lugar. Unas escaleras algo complicadas conducían a la segunda planta, presidida por un gran mural en que las letras luminosas ‘Mexas’ pretendían transmitir un mensaje que se escapaba a mi entendimiento.

De nuevo una puerta custodiada por un par de tipos de aspecto poco simpático. Pensé en los oscuros secretos que esa supuesta zona VIP debía encerrar. El cóctel estaba realmente rico, su regusto afrutado era delicioso. Me lo había bebido en un abrir y cerrar de ojos.

A un lado de la sala principal, grandes focos rojos daban protagonismo a varias esculturas hiperrealistas que representaban a hombres y mujeres desnudos y en complicadas posturas, retorcidamente incómodas, incluso dolorosas, pero con una apariencia de realidad tan convincente que sentí la tentación de acercarme y de tocarlos para descartar que fueran de carne y hueso...

Parecía que alguien se me había adelantado en iniciativa y los estaba chequeando con la misma meticulosidad con que minutos antes el portero había revisado nuestras entradas e identificaciones.

Ese hombre curioso captó mi atención ya en esos primeros instantes, fue un flechazo sexual: macho de complexión fuerte, hombros anchos, trigueño, con un corte de pelo un tanto rebelde y vestido con una camisa Armani blanca que marcaba un robusto y bien formado torso al que seguían unas musculadas piernas rematadas en un trasero firme y respingón insinuado con esa supuestamente desgastada tela tejana.

—Otro cóctel para que te vayas poniendo a tono —Carmen interrumpió mi escaneo.

La música no estaba excesivamente alta y se podía hablar sin necesidad de gritar.

—Suenan como si quisieras emborracharme —forcé una sonrisa.

—Ya sabes que cierto tipo de arte se aprecia mejor con alguna copita de más...—insistió ella, mientras tanteaba el género masculino del lugar. — ¡¡¡Ehhhhh!!! ¡Válgame, dios! ¡No me lo puedo creer! ¿Ves a ese de ahí que parece estar metiendo mano a las estatuas? Pues ése es mi jefe, el mezquino omnipotente de mi jefe... pero, ¿qué estará haciendo éste aquí? Nunca me lo

imaginé concediendo algo de tiempo a una actividad no relacionada con el trabajo...

—¿Quién?! ¿Ése tío buenorro de ahí? —me salió del alma, al tiempo que le señalaba irrespetuosamente.

¿Ése era el jefe narcisista del que tantas veces Carmen se quejaba? ¿El mismo perro de caza obsesivo del control y ególatra hasta el límite que necesitaba someter a sus trabajadores para dormir por las noches? ¿El miserable que nunca confiaría en sus capacidades, sin importar lo que ella hiciera? ¿Justamente el mismo sujeto de los vaqueros tan bien puestos y tan bien llevados en el que yo me había fijado minutos antes? El mismo maromo que ahora parecía estar caminando en dirección hacia nosotras.

* * * *

—Buenas noches, damas. ¡Qué grata sorpresa encontrarte aquí, Carmen! En un día no laborable no acostumbro a toparme con mis empleados... Veo que has venido muy bien acompañada a la fiesta —dijo el hombre de la camisa Armani, con la mirada fija en mí.

Supe que mis mejillas se estaban sonrojando. ¿El jefe de Carmen, el atractivo millonario para el que ella trabajaba en la agencia constructora acababa de decir lo que yo creía o era todo fruto de mi mente?

—Paula, te presento a Fernando de Mestas.

—Encantado —se precipitó él, mientras una sonrisa colocaba dos hoyuelos en sus mejillas y encendía sus oscuros ojos rasgados.

—Igualmente —balbuceé yo, al tiempo que sentía un fugaz ardor en mis pómulos. La falta de costumbre, de nuevo me atacaba...

Pese a todo, el hecho de que Fernando de Mestas fuera el jefe de Carmen me tranquilizaba. Podía ser un egoísta o un perfeccionista, pero al menos ya había allí alguien que nos “conocía”. Y nunca se sabe...

—Acompañadme a tomar algo a la zona VIP —dijo él con decisión.

—Gracias, pero preferimos quedarnos aquí, de momento. Acabamos de llegar

y nos gustaría explorar un poco el lugar —le cortó Carmen —Vamos a ir a picar algo de esas mesas de ahí, Paula...

—Como queráis... Si me das tus apellidos, Paula, puedo apuntaros en la lista para que os acerquéis a la zona VIP más tarde, si os apetece—sonrió, consciente o no del encanto que sus hoyuelos provocaban en mí —Los tuyos, Carmen, ya los conozco...

—Paula García Blanco —no dudé.

—Fernando de Mestas Colea. Encantado —y volvió a besar mis mejillas por segunda vez en tan breve espacio de tiempo —Espero veros luego —expresó, sin apartar su penetrante mirada de mis ojos.

—Claro, hasta luego, Fernando —concluyó Carmen, apartándonos lo más sutilmente posible dentro de la tosquedad misma.

Tiró de mi brazo de forma violenta y me arrastró unos metros.

—¿Qué acaba de pasar, Paula? —Respiraba aires de enfado. — ¿Cómo has podido tontear con el cretino ese? Con todo lo que te he contado sobre él...

—No considero que haya tonteado con nadie—respondí, seca. —He sido educada y... bueno, si alguien ha tonteado... ha sido él conmigo, ¿no crees?

—¿Olvidas que “él” es el cerdo mezquino de mi jefe?

Respondí a su mirada de reproche con una sonrisa:

—¿Acaso no hemos venido hasta este excéntrico almacén viejo para dejarnos llevar y disfrutar de una noche diferente, sin prejuicios? No me puedo creer que te esté yo diciendo esto a ti... Deja de mirarme así y vamos a hacernos un poco más con el lugar.

A Carmen le gustaba presumir de su osadía, ser el centro de atención. Empezaba a pensar que ella podría no ser tan tolerante con mis excesos como yo lo había sido con los suyos en el pasado.

Quizá se había acostumbrado a mi rol de amiga-madre responsable que siempre acaba yéndose sola a casa porque no se ha emborrachado lo suficiente como para que alguno de los tipos mediocres y sin algo más que ofrecer que patetismo y dependencia le resulte mínimamente interesante.

De algo no dudaba: esa noche iba a ser distinta. Estaba más que decidido. Ya lo estaba siendo. Fernando me había gustado muchísimo físicamente y en

nuestro breve cruce de miradas había notado cierta reciprocidad...

Cogí una copa que vi sobre una mesita de cobre cercana. Ahí aislada, parecía haber sido colocada expresamente para mí... pero podía ser de alguien... ¡Y qué más daba! Me la bebí de un solo trago, ante la mirada atónita de Carmen. La bebida helada, dulce y ligeramente ácida entró divinamente.

Empecé a pensar luego que en el mundo de los adinerados abundan las caras y los cuerpos bonitos, naturales o no... Seguramente Fernando estaba acostumbrado a conseguir la compañía que se le antojara con sólo plantearlo.

Yo no estaba mal: no era alta, pero sí de cuerpo juncal y proporcionado, abundante cabellera rojiza rizada, grandes ojos canela, generosos y firmes atributos, piernas torneadas y trasero respingón. Sabía que atraía miradas, pero ¿qué habría llevado a un hombre como ése a fijarse en mí?

Mi atención se centró de nuevo en las esculturas humanas. De alguna forma el espirituoso debía haberme empezado a poseer porque hubiera jurado que la pierna de una de ellas se acababa de mover.

—¿Has visto el cuadro ese de la mujer desnuda sentada entre los dos monjes gordos? Me resulta horroroso... ¿A ti te gusta?

Dudé. La seguí mientras nos acercábamos a la supuesta obra de arte. El carboncillo, sin marco, representaba a una mujer que, sentada y de espaldas al espectador, sujetaba los enormes miembros viriles de dos burlescos obesos desnudos y de edad avanzada con pintas de monjes tibetanos.

—Lo que no me gustaría a mí es tenerlo colgado en el salón de casa... En cambio, el collage de al lado, ése con trozos de encaje blanco y de cuero negro, me parece algo más creativo, original...tiene cierto magnetismo...

—A mí no me convence mucho —sentenció, Carmen.

De momento, Fernando seguía siendo lo más interesante que había visto esa noche... Nuestra breve presentación me había dejado con ganas de más y eso era algo poco habitual, así que no podía desaprovechar la ocasión... Quizá necesitaba yo creer que él era especial, quizá buscaba seducción por una noche, quizá, quizá, quizá...

—Oye, Carmen, ¿por qué no subimos esas escaleras y visitamos la exclusividad en su núcleo?

Intentaba encontrar la entonación más convincente.

—¿Qué pueden estar escondiendo detrás de un cartel que pone ‘Mexas’? Resulta intrigante, ¿no crees?... Me pica la curiosidad...

—¿Qué tipo de curiosidad, Paula? Esta noche me estás sorprendiendo de lo lindo... —respondió Carmen, con cierta hostilidad en su mirada.

Tomé la iniciativa y no quise pensar más. La cogí de la muñeca y la estiré escaleras arriba. Al final de la misma, los gorilones trajeados, con auriculares y gafas de sol mantenían sus brazos cruzados en intimidante actitud mientras bloqueaban la enorme puerta metálica de entrada. El secreto estaba bien custodiado.

—Paula García Blanco y Carmen Martínez... —me quedé como mi segundo apellido, en blanco. Nunca había llegado a conocer tal dato de mi amiga.

—Bullejos —terminó ella. De nuevo rivalidad en sus ojos. —Me reafirmo: No nos conocemos tanto como creía...

Yo sentía mucha curiosidad por lo que se ocultaba al otro lado, tanta que al apartarse el cancerbero me precipité hacia el interior con tanto ímpetu que resbalé y el tacón de mi zapato quedó enganchado en una rejilla del suelo. Se desprendió sin gran dificultad y Carmen me cogió con fuerza del brazo y me ayudó a enderezarme.

La música estaba mucho más alta y la luz era mil veces más tenue ahí dentro. A mis ojos todo y todos parecían envueltos en una densa neblina que borraba detalles y matices y confería un aire de lúgubre secretismo. Las vestimentas y perfiles eran de todo tipo, desde el látex encurtido hasta un Versace negro y dorado que no tenía visos de imitación.

Creí ver cómo un hombre pasaba su lengua bífida repetidamente sobre el blanco del ojo de una mujer a la que sujetaba con cierta brusquedad. Seguí caminando, con Carmen cogida de mi brazo. Había personas consumiendo drogas y otras, despojadas de pudor, disfrutaban de su exhibicionismo. Unas bailaban desenfrenadas, otras parecían disfrutar de verterse bebidas por encima para que anónimos en masa se hicieran cargo de la fuga...

—Una no ve tal espectáculo a menudo —se adelantó mi amiga.

—¡Y qué lo digas! Parece que aquí dentro no existieran límites...Nunca había visto a alguien hacer tales cosas...

—Yo en libros y películas puede, pero no frente a mí...

No entendía lo que estaba viendo. Sentía que me encontraba en el salón de la depravación erótica. ¿Era eso acaso una asamblea de reivindicación del libertinaje sexual? ¿En serio puede sentirse placer dejando que le laman a una el blanco del ojo?

Muy higiénico no parecía... ¡y encima con esa lengua partida! Desde luego nuestra especie ha aprendido a disfrutar del sexo como ninguna otra. Todo vale, las posibilidades son infinitas... Seguramente esa noche, en esa habitación, uno pudiera hacer realidad cualquier fantasía sexual por atrevida, incluso perversa que fuera, sin prejuicios, ni inhibiciones.

Una fiesta llena de arte, de provocación, de desinhibición y de obscenidad, pero oscura y de alguna forma lúgubre, funesta...

—¿Estás segura de esto? —manifestó Carmen, retóricamente.

Le devolví la mirada. Un “¡claro que estoy segura!, ¿acaso alguien puede no estarlo? Aquí todos me inspiran confianza y formalidad” cruzó mi mente y ella pareció entenderme. Asombrosamente, no sentía miedo, sino una especie de traviesa curiosidad, cierto interés hacia algo que puede cambiar la perspectiva, la manera de ver el mundo. No era la noche de siempre en un sitio corriente...

Fue entonces cuando le vi, de frente, en el fondo de la gran sala, sentado en la esquina de un sofá muy grande. Entre sus piernas cruzadas una copa olvidada que se tambaleaba voluntariosamente. Estaba acompañado de otro hombre, ataviado con pajarita y chaleco, con barba a lo hípster, pero de algún modo suntuoso y agraciado.

—Mira con disimulo al frente, al final de la sala. ¿Conoces a ése de la pajarita que está junto a Fernando?

— Hummm... Ni idea... No me suena haberlo visto antes, pero no pinta mal, nada mal...

Camuflarse era un verbo que no encajaba con ella, con Carmen. Se percataron de nuestra presencia. Pude sentir cómo desde el fondo de la habitación su atención se trasladaba exclusivamente a mí. Retortijones en mi estómago, las orugas debían estar convirtiéndose en mariposas...

—¿Tú crees que el de la pajarita debe ser un pervertido pez gordo? Hmmm... Creo que lleva los brazos llenos de tatuajes... Mucha gente no se creería lo que estamos presenciando... no sé si llamarlo privilegio... —

sentenció mi fiestera cómplice.

Fernando levantó su brazo en un gesto amable. Ese era el momento de avanzar hacia él o de retroceder hacia la puerta. No había más opciones. No era yo una quinceañera deslumbrada por el chico más popular del instituto, así que no tenía sentido que me comportara como tal.

Era una madre responsable que por una noche estaba formando parte de algo diferente, especial, se estaba sintiendo mujer y había decidido dejarse llevar por ese sentimiento tan cálido y poco frecuente. Los hoyuelos y esos oscuros ojos rasgados se postraron de nuevo frente a mí.

—¡Qué alegría! Como le había dicho no hace mucho a mi amigo, aquí Alejandro, no había perdido la esperanza de poder disfrutar de vuestra compañía esta noche, aunque uno nunca es dueño de la primera impresión que causa... —y la sonrisa que se dibujó en su rostro cerró ese letal trío de despliegue de encanto —Carmen, te presento a Alejandro.

—Encantada —y le endosó dos besos con tanto énfasis que bien diríase que eran cercanos.

—Igualmente. ¿Os apetece acompañarnos a la performance de suspensión corporal? Ha empezado hace escasos minutos...—nos propuso el hípster, con cara de impaciencia.

—¿Suspensión corporal? —dudé de haber escuchado bien.

—La relajación a través del dolor, entrar en contacto con la conciencia más primitiva a través de la elevación física del cuerpo...—el hombre de la pajarita acumulaba puntos en misticismo con cada palabra pronunciada. —Vamos, os lo enseñaré.

Seguía sin entender. El dilema de Carmen aparentemente se había esfumado entre la neblina de la expectativa que ella misma acababa de crear. No dudó en seguirle. Yo miré con complicidad a Fernando.

—¿Quieres ir? —demostrando consideración.

—¡Vamos! —decreté .

* * * *

De nuevo, atravesamos una serie de pasillos para acabar en una sala con altos techos donde una reducida audiencia se distribuía entorno a lo que sin la introducción de nuestro recién conocido acompañante hubiera definido como un grotesco muñeco colgado de una soga. Un gran foco le confería el protagonismo que sin duda se merecía.

Ese cuerpo, suspendido en el aire, elevado gracias a ganchos que perforaban la piel de la parte superior de su espalda... Esa imagen no puedo borrarla... Una mujer —sus pezones habían sido decorosamente tapados con trozos de cinta aislante formando perfectas cruces negras — falsamente ahorcada, con cadenas cubriendo su cuerpo desnudo, elevada a través de un arnés... Carne viva colgada por propio deseo del viejo almacén de envasado de carne... Las reses, los garfios, la provocación...

Patidifusa me quedé. Miré a Carmen. Su semblante era pálido e inexpresivo. Una panorámica de los asistentes no me devolvió sonrisa alguna, sino la solemnidad propia de una ceremonia extraordinaria.

Nuestro acompañante de la pajarita nos explicó que era una tendencia de gran acogida, considerada por muchos un arte y nos aclaró que contemplábamos “la forma más fácil de suspensión”. No quería imaginarme la más complicada...

Creía entender que para sobrevivir a veces no queda otra que soportar el dolor congénito, pero decidir colgarse con ganchos... ¿qué motivo lleva a alguien a hacer eso? ¿sadomasoquismo? Imagino que requerirá de mucha preparación mental...

Fernando propuso trasladarnos a dónde pudiéramos hablar de forma más tranquila. Era el pretexto perfecto para mover el bullarengue de ahí... Y hacernos con otro de esos deliciosos cócteles cuyo sabor me resultaba tan poco tradicional, tan fresco.

—¿Cuánto dura el show?

—Varias horas, creo... —respondió él, demostrando poca inclinación hacia el mismo. —Entonces, ¿qué es lo que haces, Paula?

—Trabajo como asistente ejecutiva, vamos, soy secretaria.

Me miraba en silencio, interesado en las palabras que salían de mi boca.

Sentía su predisposición.

—Es un trabajo bastante mecánico una vez has aprendido los pasos básicos. Mi desempeño es ciertamente rutinario...

—Imagino que Carmen te habrá hablado del sitio en el que ella trabaja... Seguro que en más de una ocasión se habrá referido a mí delante de ti en términos poco halagüenos...

—No te creas... —mentí descaradamente. —Soy madre soltera de Alberta, ése es mi trabajo real, mi ocupación incondicional a tiempo concreto... — sonreí al evocar su imagen. — Ahora es una preciosidad de diez años, muy inteligente y risueña. Esta noche se ha quedado a dormir en casa de su amiguita Marta... Es tan tierna la expresión de su cara cuando duerme, tan inocente...

Puso su mano sobre mi hombro. Sé que notó el calambrazo que me provocó, ya que de forma automática bajó su mano y cogió la mía.

Puede que mis palabras supusieran un inconveniente para él. Puede que yo me precipitara al contárselo o que a él ni tan siquiera le incumbiera. En cualquier caso, Alberta era y siempre sería lo más importante de mi vida. Eso jamás cambiaría.

—Debes ser una gran madre...

Me desconcertó algo tan rotunda información con la carencia de datos que manejaba sobre mí. Sin embargo, algo me inquietaba aún más. No podía seguir preguntándomelo a mí misma.

—¿Qué haces aquí, Fernando? —sin dejar espacio a la rápida respuesta — ¿Sabías de antemano el tipo de reunión que aquí se estaba celebrando? ¿Qué es esto exactamente?

—Imagino que es la primera vez para ti en una fiesta de este tipo. Podríamos llamarlo libertinaje en la búsqueda del placer... o también encuentro de perversos y viciosos... Cada uno que elija. En cuanto a qué hago yo aquí podría decirte que quizá lo mismo que tú, aunque sea evidente que no tenías idea alguna de donde te estaba metiendo tu amiga esta noche...Yo sí, sí lo sabía...

>>No soy usual de este tipo de encuentros, pero confieso que a veces necesito olvidarme de lo real y ser yo mismo, sin pensar en opiniones o

juicios. Aquí, esta noche, no hay necesidad de máscaras, ni antifaces. —se permitió una pequeña pausa en su discurso. —Déjame hacerte ahora una pregunta a ti: si pudieras volver atrás y decidir de nuevo si venir o no hasta aquí esta noche, habiendo visto todo lo que ya has visto, ¿qué harías?

Sentí como su mirada caliente atravesaba la fina tela de mi vestido verde.

—No cambiaría ni un parpadeo. —eso era una declaración en toda regla por mi parte.

Se humedeció los labios con un golpe rápido de su lengua y la oscuridad de sus ojos se agitó. Atractivo y arrogante. Su mirada consiguió abrasarme y mi estómago se retorció en una sucesión de nudos que parecía no tener fin.

—Te deseo ahora mismo, Paula. Contra la pared, en la barra, en el suelo y en el baño tal vez.

Su sonrisa era sinónimo de sexo. Me quedé atónita.

—Vámonos. No te arrepentirás. Quiero llevarte a mi casa y hacerte olvidar el resto.

Éxtasis y cierto embelesamiento. Mi cuerpo se calentó, pero no por vergüenza o timidez, sino por lo que sus palabras evocaban. Si así es el infierno, que me lleve el diablo...

Recuerdo que había mantenido varias puertas abiertas para mí, algo que ningún hombre había hecho recientemente, en esa sucesión casi laberíntica de escaleras y pasillos en los que la falta de luz dificultaba cualquier tarea de reconocimiento, del tipo que fuera. Recuerdo haberme reprochado el no llevar las braguitas negras nuevas de satén, pero ¿quién hubiera podido imaginar que esa noche iba a acabar así? Al menos no llevaba las bragas de la abuela...

Envié a Carmen un Whatsapp de despedida, pero ni me preocupé de confirmar que lo hubiera recibido. Seguro que a esas alturas de noche ella ni se acordaba de mí...

Un cochazo plateado nos estaba esperando en la puerta de salida trasera del viejo almacén. Nuestro destino era una preciosa mansión de corte moderno situada frente al mar. Al abrirse sus enormes barreras de entrada, unas altísimas y muy bien cuidadas palmeras nos dieron la bienvenida. El color de la luz que las iluminaba cambiaba cada cierto tiempo. Era surrealista que un

caserón multifamiliar como ése cobijara a un único ente, pero así era la vida... unos ganan el dinero para mantener una casa así y otros a duras penas consiguen sumar las cantidades mensuales de obligado cumplimiento.

Lo seguí por los pasillos con el corazón encogido. Paredes claras, suelos de mármol, altísimos techos, sofás de cuero negro en un inmenso salón que miraba al colosal jardín, con esa maravillosa iluminación nocturna.

Llamó mi atención una habitación con bañera central frente a la chimenea, al lado el vestidor y un aparentemente muy confortable *chaise lounge* a disposición. Era la primera vez que veía desde dentro una casa como aquella. No quería exteriorizar lo fascinada que estaba. Supe que a Alberta le gustaría ese lugar desde la primera vez que lo pisé.

Jacuzzi, solárium, gimnasio...

—El techo de esta habitación es retráctil. Suelo abrirlo algunos domingos y festivos soleados...

Vamos, que no faltaba detalle. ¡Qué ganas experimenté de que me tocara la lotería! Es verdad que el dinero no compra la felicidad, pero sí que deja las casas maravillosamente arregladas... Después de ese *tour* que olía a presunción acabamos de nuevo en el salón.

De repente, sin pizca de sentimentalismo, Fernando llevó sus dos manos a mi cara y me besó. Sin yo esperarlo, pero no sin dejar de desearlo. No fue un beso largo, mas sí bien profundo. Un beso que buscaba confirmar la atracción física existente entre dos cuerpos.

—Tienes una piel muy, muy sensible —me dijo —Sin manchas, clara y fácil de sonrojar.

Extendió una mano, rozando los nudillos por mi mejilla caliente. Me estremecí.

—Me gusta la forma en que te sonrojas.

Sentí cómo mis pómulos se tornaban más rojos y un ligero aire caliente recorrió mi cuerpo, al tiempo que seguía insistiendo en la conveniencia de tanta improvisación en una sola noche.

— ¿Quieres beber algo?

—Sí, genial

Abrió el armario en el que guardaba las bebidas.

—Tú eliges.

—Vino, algo dulce, si tienes —respondí.

¿Acaso no había bebido esa noche más que suficiente como para tumbar a seis o siete elefantes? Mi tolerancia con respecto al alcohol me seguía sorprendiendo...

—Prueba este rico vino de garnacha

¿Garnacha había dicho? No tenía mi diccionario a mano.

Sin dejar apenas tiempo a la degustación, lió mi melena con sus dedos.

—¿Cómo pueden ser tan sedosos tus rizos?

No sabía qué responder. Asemejábase eso al cuento de Caperucita Roja. Con toda seguridad había estado con mujeres que destinaran más tiempo y recursos al cuidado de su melena. Tanta adulación hacia mí procedente de un ser que se me había descrito como extremadamente ególatra y narcisista no encajaba, me inquietaba...

—Disculpa, ¿el aseo?

—La puerta roja saliendo al pasillo —seguí su dedo, sin poder evitar desviarme hacia esos poderosos brazos y hombros que lucía. Sin duda, debía pasar bastantes horas en el gimnasio...

Por supuesto, seguía el baño la misma tónica que el resto de la vivienda. Me acerqué al espejo para revisar que el maquillaje no se hubiera corrido más de la cuenta y el reflejo de un curioso objeto me captó. Recordé que era algo como aquello lo que colgaba de la cisterna del retrete en casa de mis abuelos.

De pequeña pasé muchos fines de semana con ellos y siempre que entraba al baño tropezaba con aquel extrañísimo aparato cuya utilidad no era capaz de imaginar. Cuando tuve edad de preguntar, mi abuela creyó concluir el tema con un escueto “para limpiarse el culo” que sólo consiguió inquietarme más.

Con todo lo que había presenciado pocas horas antes en la fiesta, ciertamente me desconcertó hallar una lavativa ahí. La goma aquella parecía fuera de lugar en esa moderna estancia, pero yo le estaba dando una importancia que seguramente no tenía. Recuerdo que parecía estar esperándome inquieto cuando salí del lavabo, con dos copas en las manos, y que seguimos paseando

un rato, hasta que llegamos al destino final de nuestra velada.

El dormitorio tenía un balcón acristalado y la cama era gigantesca, la más grande que jamás hubiera visto, con cabecero de piel y sábanas de seda negra. Una de las paredes estaba cubierta de arriba abajo con espejos en los que se veía la cama... y también a sus ocupantes, pensé. Cuántas mujeres habrá traído aquí antes que a mí y se habrán parado justo sobre esta baldosa, a plantearse el erotismo de esos mismos espejos...

Mis pensamientos se paran, la acción se precipita...

Enreda sus dedos en mis rizos, esta vez sin intención de dejarlos escapar fácilmente y clava sus dientes en mi hombro desnudo. Lo mordisquea y sube hasta mi cuello. Siento como su lengua barre mi piel y como sus dientes tiran suavemente de ella.

Sus dedos se han deslizado a través del cabello y su mano acuna ahora la parte baja de mi cabeza. Envuelve un poderoso brazo alrededor de mi cintura. Siento el calor de su piel. Un leve gemido escapa de mis labios entreabiertos. Deseo ser suya. Mis venas bombean lava fundida.

Empiezo a perderme.

Recorre mi espalda con las yemas de sus dedos, mientras va desabrochando uno a uno los botones traseros de mi vestido verde. Me siento muy atractiva entre sus manos, muy femenina. Mis piernas empiezan a temblar. Balancea mis pechos con ambas manos desde atrás y baja la cabeza. Su respiración entrecortada inunda la habitación.

Se aparta y me gira. Me mira y sonrío. Me tira a la cama, me quita las braguitas, lleva sus dedos a mi entrepierna para sentir el calor de mi fuego y me los hace lamer.

—Estás tan mojada — murmura, con ojos brillantes de deseo.

Efectivamente a esas alturas, yo estaba ya muy mojada. Me notaba salada, ácida, densa. Con su otra mano masajeaba mi clítoris, aumentando el ritmo hasta que introdujo su dedo índice hasta el fondo.

Lentamente al principio y luego más fuerte y más profundo. A los pocos minutos ya había introducido dos dedos y hasta tres... Simultáneamente acariciaba dulcemente mis duros pechos y estrujaba mis erizados pezones, lo que me ponía a mil. Mis suaves gemidos llenaban ahora el dormitorio.

—Quiero saborearte y no puedo esperar más.

Nos abandonamos a nuestros instintos, el cuerpo ganó a la mente y nos entregamos mutuamente.

Metió la cara entre mis piernas y respiró el aroma que desprendía mi sexo. Con sumo cuidado fue pasando su lengua por toda mi vagina, concentrándose en el clítoris, el cual apesaba entre sus labios. Esa lengua era mágica y había tomado el control tan rápido... Mi cadera sabía cómo responder y se movía hacia su boca.

—Voy a correrme, Fernando —pronuncié con ojos encendidos en deseo, aunque algo pudorosa por mi prontitud.

Él parecía encantado. El beso se convirtió en algo sin inhibiciones, exuberante y húmedo.

Se enterró en mí. Yo no recordaba haberme sentido tan llena antes. Fue lento al principio, pero el ritmo se aceleró. Sus caderas golpeaban contra las mías. Enganché sus tobillos detrás de su espalda. Mi sexo palpitaba y se apretaba alrededor de él. Él se deslizó unos centímetros y repitió el movimiento. Mis dedos se clavaron en su cadera, mientras empujaba hacia delante, una y otra vez.

Sus dedos mágicos encontraron mi pezón y sus dientes se aferraron a mi hombro. Entonces exploté en un intenso orgasmo, que dejó mi cuerpo meciéndose y estremeciéndose unos cuantos minutos.

Cuando él se retiró, se dio la vuelta y me miró:

—¿Estás bien? —Su tono reflejaba preocupación.

—Estoy perfecta. Ha sido maravilloso...

Una sonrisa de autosatisfacción asomó en sus labios masculinos, mientras seguía rozando su pulgar sobre mi pezón. Sin fuerzas y buscando aire, me sentía plenamente liberada. Cualquier rastro de pensamiento había sido borrado, al menos durante unos gloriosos minutos.

—Ahora la iniciativa es mía. ¿Te he dicho que soy multiorgásmica? —desconocía esa picardía en mí.

Fue fácil concentrarme en ese inhiesto y ardiente miembro... Me parecía magnífico, único, divino... Empecé a acariciarlo y a frotarlo con la palma de

la mano arriba y abajo. Seguí con el glande. Lo lamí muy suavemente por la parte interna hasta llegar a la base para luego volver a subir y repetir.

Me gustaba, pero veía que a él le gustaba aún más. Aceleré el ritmo. Dirigí mi lengua, que por aquel entonces ya tenía vida propia, al escroto. Lamí, chupé y succioné sus hinchados testículos, llegando hasta su entrada trasera, lo cual le hizo gemir suavemente.

Con una mano acariciaba su pene y la otra la coloqué bajo su duro culo, buscando de alguna manera el ángulo de acceso a su ano. Sus ojos se habían cerrado y su respiración era más que agitada.

Las sacudidas de su cuerpo me decían que estaba disfrutando y mucho. Me metí ese muy bien dotado miembro en la boca, entero, hasta que topó con mi garganta. Mi parte más salvaje afloró y él, agarrándose a mi cabeza, cogió las riendas.

Me sentó a horcajadas sobre su ardiente pene, clavándomelo en mi sexo hasta el fondo, con un único movimiento, conciso. Sé que siente cómo entra con gran facilidad gracias a mi excitación y cómo las paredes de mi vagina caliente y húmeda lo abrazan con firmeza.

Le rodeo el cuello con los brazos y comienzo a subir y a bajar sobre él, balanceando al mismo tiempo la pelvis para aumentar la fricción. Me agarra con fuerza por las nalgas, las separa y con sus dedos lubricados por los fluidos que destila mi sexo empieza a hurgar mi clítoris.

—Es mi turno. Y el chorro viene cargado...

Sus ojos se cerraron y una expresión similar al abatimiento se apoderó de sus facciones. Me tumbé cuidadosamente sobre él, perpetuando que siguiera llenándome de aquella forma tan intensa y sentida. Unidos en un solo cuerpo incandescente, tratando de recuperar el control, nos mantuvimos abrazados mejilla con mejilla, moviendo despacito nuestros sexos para embadurnarlos aún más con los fluidos de ambos.

Embarcados en un in-out, in-out desenfrenado el resto de la noche se había encendido con la luz de una vela a la que poca cera quedaba, sin que por ello cesara en su pretensión de seguir convirtiendo cada pequeña bocanada de aire en vida.

Perdí la cuenta de todos los orgasmos alcanzados. Nuestros cuerpos recién conocidos compartían ritmo. Se entendían a la perfección, su simultaneidad

diríase fruto de la convivencia, su entendimiento, natural. Había determinación, pero no brusquedad. La estimulación no cesaba.

Placer y satisfacción. Nuestros rostros hicieron innecesarias más palabras.

* * * *

De alguna forma predecible desde el primer cruce de miradas, Fernando y yo habíamos acabado esa noche de excesos en el dormitorio de su casa. Las copas de vino, abandonadas en el salón, dibujaban una perfecta escena de placer y distinción... Ocre, violáceo y dorado.

Miré la pantalla de mi teléfono móvil para saber la hora. Estaba apagado. La batería se habría agotado. Busqué un reloj en la habitación, pero no fui capaz de hallar uno.

Se suponía que a las once debía recoger a Alberta en casa de su amiga del colegio, su mejor amiga, probablemente hasta que este juguete o aquel chico se interpusieran en su relación... ¿Cómo y dónde habría despertado Carmen esta mañana? ¿Se habría quedado mucho más tiempo como espectadora de ese grotesco espectáculo? ¿Se habría dejado seducir por las extravagancias del *hipster*?

Completamente vestida y calzada, pero embelesada en un rápido intento de reorganización, una voz cortó mis intenciones de largarme de ahí cuanto antes.

—¿No vas a quedarte a desayunar? —Su cara denotaba decepción. —Creo que deberías comer algo antes de ponerte en acción... no hemos precisamente dormido mucho...

¡Oh, no! Se había despertado y ahora tendría que soportar la pesadumbre de la “mañana siguiente”.

—¿Podrías decirme qué hora es? Mi móvil se ha quedado sin batería...

Salió de la cama, no sin antes ponerse unos calzoncillos. Ése cuerpo parecía hecho para caminar casi desnudo...Hhmmm. Abrió el primer cajón de la cómoda y sacó un bonito reloj de mesa, cuya utilidad yo no comprendía al

estar encerrado supuestamente junto a la ropa interior...

—Son las nueve y media. ¿Llegas tarde?

El reloj interno de madre parecía haber seguido funcionando. Ése era más difícil que se quedara sin batería.

—¿En qué parte de la costa estamos exactamente?

— Mi chófer te llevará donde tú le digas. Puedes recargar el móvil dentro del coche. O en la cocina, si tienes tiempo para un café repleto de cafeína y algo dulce o salado, según tu despertar...

Tiró de un pomo que pasaba desapercibido en la pared y casi de forma mágica apareció un grandioso armario repleto de trajes oscuros, colores coordinados y varios estantes con vaqueros de diseño apilados.

—Si tienes cruasanes recién hechos, definitivamente serás mi príncipe azul
—bromeé —Voy a refrescarme al aseo y nos vemos en la cocina. Creo que la encontraré sin dificultades, gracias al recorrido de anoche.

No sé cómo, pero lo hizo. Puede que sencillamente enviara al chófer a una panadería cercana, o puede que tuviera un horno oculto en el sótano y masa preparada. La cuestión es que él consiguió los cruasanes y yo los devoré vorazmente. Necesidades básicas cubiertas, una pequeña revelación:

—Antes de ser formalmente presentados me había fijado en ti, te vi observando de cerca a las estatuas del piso de abajo. A mí también me sorprendió su realismo, hasta me pareció que una se movía...

—Eran estatuas de carne y hueso, Paula. Modelos que esa noche se vendían al mejor postor...—sonrió medio burlón, medio presumido.

—¡¿Cómo?! ¿Se vendían?

Sus gruesos párpados observaron mi desconcierto.

—Puede que hasta alguna de ellas formara parte del espectáculo de suspensión...

Tensión en mis músculos. Cavilé sobre su chequeo de esas falsas esculturas, ¿fue por simple curiosidad o quizá con algún otro propósito?... La lavativa en el baño de un soltero de oro que había manifestado predilección por mí y por mi condición de madre...

¿Quería ver yo al gato encerrado o era evidente que algo no encajaba? Había

asumido que la mujer colgada del techo había elegido hacerlo por propia voluntad... ¡Y qué lejos de la realidad estaba! ¡Cuán lamentable era mi ingenuidad hacia ese mundo en el que todo tiene un precio!

No me sentía ni armada, ni tranquila. Un vacío intenso se había apoderado de la boca de mi estómago y tenía la sensación de haberme metido en un lío del que no podría salir. No quise saber más. El reloj de mamá decidió apresurar la recogida de Alberta. Regalé un beso de despedida al hombre que tanto placer me había proporcionado y él me dio las gracias. Jamás volvimos a hablar de esa noche, ni de lo que vimos en esa fiesta...

* * * *

Fernando y yo compartimos el hambre de un pozo sin fondo. Somos devoradores famélicos que necesitan comer, comer y comer, sin llegar a saciarse nunca. Yo había estado muchos años alejada de los placeres de la carne porque consideraba que era lo mejor para mi hija. Saborear de nuevo el fruto prohibido supuso una liberación al tiempo que una esclavización.

Empezamos a quedar una o dos veces a la semana. Nuestros encuentros eran apasionados, directos y tremendamente evasores. Nunca dormíamos juntos y yo no había hablado de él a nadie, excepto a Carmen, claro está. Tampoco tenía con quién.

Debo reconocer que la envidia que sabía le despertaba en esos momentos no me desagradaba del todo. A fin de cuentas siempre había sido ella la interesada en cazar a un millonario que le resolviera la vida, al menos económicamente hablando, y le pusiera una finca a su nombre.

—No te encariñes demasiado de él. Los de su clase tienden a cansarse muy rápido de comer un mismo plato, por mucho que les guste —me insistía con cierta asiduidad.

Desde luego, Carmen poco conocía sobre quién era yo realmente. Puede que ella ni recordara uno de mis dos apellidos. Fernando tampoco. No me importaba. No le exigía, no le necesitaba.

En esas fechas yo no aspiraba a más, no me planteaba más. Me pensaba

afortunada. Mis necesidades sexuales eran satisfechas y sabía que las suyas también. Me sentía deseada, más femenina que nunca. Nuestros cuerpos parecían encajar como dos piezas candentes de un puzzle incompleto.

Más allá de saltar chispas, ardía el fuego directamente. Esa química era adictiva. No tenía organizado un plan para cautivar al soltero de oro que se había interesado por mí. Simplemente me dejaba llevar por el deseo y estaba convencida de que mi suerte ya había mejorado.

Suponía que rechazarlo iba a ser fácil, si llegaba el momento. Sólo tenía que centrarme en lo mejor para Alberta, en la decisión que implicara un mayor bienestar para ella...

Cuando tenía que irme, lo hacía sin más, sin decir a dónde, ni con quién. Si alguna vez él me llamaba al móvil y yo no respondía, jamás le daba explicaciones al respecto. Quería seguir ocupada en mis cosas —aunque tuviera que inventarlas—, ser la madre que hasta entonces había sido y él parecía entenderlo.

Me gustaba imaginarlo pensando en qué debía estar haciendo yo en este o en aquel momento del día, o de la noche... Manteníamos nuestras conversaciones verbales en la superficialidad y no preguntábamos. Al ir conociéndonos poco a poco alimentábamos la frescura de la expectativa y el deseo de más y más.

Cada vez que se me antojaban locas y deliciosas fantasías las imágenes resultantes le evocaban a él. Era mi adonis, un hombre atractivo físicamente hasta límites insondables... Incluso su cabello, artísticamente desordenado, tendía a lucir como si hubiese sido peinado por profesionales para un evento muy especial...

Nunca había tenido una relación tan apasionada como ésa. No era sólo un mete-saca con tintes de excesos, era algo más. Nos abrazábamos, nos olíamos, nos sentíamos, respirábamos rítmica y acompasadamente. Jamás hubiera imaginado sumergirme en los placeres de la carne con tal intensidad. Sin duda, con él había disfrutado del mejor sexo de mi vida.

Así fue durante un par de meses, hasta que un día noté un brillo especial en sus ojos. Alberta, junto a toda su clase, se había quedado a dormir en el colegio como parte de un proyecto que denominaban “Noche de safari”, pese al poco esfuerzo que, a mi parecer, había demostrado el centro hacia la

recreación del espíritu aventurero o explorador.

Fernando y yo habíamos disfrutado del menú degustación de un catering de renombre a domicilio. Son increíbles las filigranas culinarias de las que son capaces algunos chefs modernos...

Decía que noté un brillo especial en los ojos de mi amante bandido. Era la primera vez que disfrutábamos juntos de una puesta de sol en el mirador de su casa. Desde que lo descubrí, el mirador se convirtió en mi rincón favorito de la propiedad. Bajo palmeras, pinos y cipreses y con vistas a la inmensidad del mar, una enorme piscina de agua salada se extendía simulando alcanzar los colores del horizonte más lejano.

—¿Cuántos años tiene exactamente Alberta? —se interesó Fernando.

—Diez, ¿por qué lo preguntas? —Confundida al tiempo que sorprendida.

—Te admiro mucho, ¿sabes? Criar a una hija sola, sin nadie en quien apoyarte, teniendo que dejarla cada mañana para salir a trabajar, consciente de que ella depende completamente de ti y de tus actos, esa lucha diaria para que coma o duerma cuando se supone que debe hacerlo, para que se bañe o se vaya a dormir, ese velar omnipotente, ese amor desinteresado, puro e incondicional... Te admiro porque Alberta tiene hoy diez años y no necesito conocerla para saber lo especial que es. Tú ya me lo has mostrado...

No quería interrumpirle. Puede que esas fueran las palabras más bonitas que alguien me había destinado.

—Soy dueño de dos propiedades, un condominio en Francia y esta bonita casa frente al mar. Sin duda, ser rico es preferible a tenerse que preocupar por el dinero, pero no es sinónimo de ser feliz. Sé que puedo aportar comodidad a tu vida y a la de Alberta y me gustaría hacerlo. Ven, vamos adentro, hay algo que quiero enseñarte... —su rostro perfilaba la ilusión de sus palabras.

Me condujo por la silenciosa mansión a paso firme, hasta que al fin se detuvo ante una puerta próxima a la de la alcoba principal. La abrió y entró para encender la luz.

—¿Qué te parece la habitación?

—Es perfecta —contesté observando la gran cama con dosel de acero negro repleta de cojines y peluches. Las paredes eran rosa coral y junto a la ventana había un sofá violeta y una casita de muñecas. También llamó mi atención un

marco junto a la cómoda que albergaba una colosal A.

—A, de Alberta —enseguida caí.

—No se merece menos —sentenció él, con acierto.

— ¡Estoy segura de que cuando la vea, va a encantarme! —expresé entusiasmada.

Una burbuja de orgullo se hinchó en mi estómago.

¿Acaso alguien podría resistirse a una oferta así? El piso en el que mi pequeña y yo habíamos vivido su primera década era como una caja de zapatos, oscuro y estrecho, y sus metros totales eran fácilmente superados tan sólo por el recibidor de la mansión de Fernando. No debía ser fácil mantener una casa como ésa, pero él había revelado poco antes ser el dueño de dos y media más...

—Me halagas enormemente, o mejor dicho, nos, a mí y a Alberta. No puedo imaginar más satisfactoria sorpresa, mejor regalo... —mis palabras no eran capaces de transmitir mi gozo ante tan inesperado giro. Ni tan siquiera me lo había planteado seriamente yo y él ya tenía la habitación montada... Nuestros intercambios verbales jamás habían tanteado temas tan serios como la convivencia.

—Necesito tenerte a diario, Paula.

—Hombre de pocas palabras, con mucha iniciativa y decisión... ¡Me gusta!
—dictaminé yo, manteniendo la sonrisa y sin intuir el infierno emocional que pronto desataría con mi veredicto.

Prosiguieron provocativas caricias y evocadores gemidos, mientras reclamábamos y reafirmábamos todo aquello que habíamos descubierto previamente, todo lo que había emergido entre nosotros, el futuro compartido que podíamos llegar a tener. Reafirmamos y reiteramos todo lo que había entre nosotros, nuevamente nos lanzamos de lleno al placer.

Y al acabar, y por primera vez yo no sabía qué hacer, ¿salir de la cama e irme o quedarme a dormir? Sin poder precisar los kilos exactos, sospechaba que esa pequeña decisión implicaría un peso a cargar.

—Voy a buscar algo para beber —justifiqué.

No dijo nada cuando me desenredé con cuidado de él y tomé una camiseta

abandonada en el suelo. La deslicé sobre mí mientras me dirigía hacia la cocina, satisfecha por las punzadas que sentía sobre mi sexo. ¿Estaba decidida a meter a mi hija en esto?

Seguramente no conocía lo suficiente a ese hombre, sólo habían pasado unos cuantos meses desde que compartíamos veladas, pero habían sido más intensos en el plano sexual que la suma de todo lo experimentado anteriormente.

Al regresar a la alcoba, Fernando tenía los ojos cerrados y los brazos abiertos. Me tumbé en la cama junto a él y posé la cabeza sobre uno de sus hombros desnudos. Me relajé y él me apretó contra sí. Me hallé suertuda.

* * * *

Las mudanzas sólo son complicadas cuando no se tiene dinero a raudales. De hecho, descubrí que estar rodeado de billetes es sinónimo de minimizar los problemas, aunque no de eliminarlos.

Recuerdo que Fernando se sorprendió al comprobar lo reducido que era el conjunto total de las pertenencias que nos acompañaban. No olvidó tampoco su exteriorización de ternura y su desvelo hacia mi hija desde su misma presentación. Fue una reacción instantánea. A ella de ningún modo intentó dominarla. Yo no se lo hubiera permitido.

Alberta y yo nos adaptamos rápido a la mansión, a su nuevo colegio bilingüe y a las tardes ociosas. Durante el día apenas veíamos a Fernando. Ni los domingos sabíamos con certeza si íbamos a compartir con él la comida.

En algunas ocasiones, era alegre y cariñoso, diríase hasta sentimental y con su presencia llenaba no sólo lo físico y lo material; en otras era aburrido y pesado con sus manías, a veces, irascible y desconfiado en cada uno de sus propios movimientos. La convivencia iba revelando, sin aparente mella en nuestra relación sexual.

Le vi tratar mal al chófer y también al cocinero. Hablar en tono desmedido por teléfono, amenazar y vilipendiar. Armada de paciencia, descubrí que era afín a lanzar la crítica, pero no a recibirla, que se sentía ofendido bastante a

menudo y que la empatía tampoco era su fuerte.

De cualquier forma, la vida se veía mucho mejor desde un jacuzzi lleno de burbujas. A fin de cuentas, no era yo la directora de este cruel teatrillo en el que o aprendes a nadar o te ahogas.

¿Acaso iba a dar la espalda a algo tan bueno, tan cómodo y tan plácido a la mínima de cambio? ¿Me creía subida a un peldaño moral superior o qué? Yo también me mostraba poco amigable en mis días grises. ¿Quién no ha levantado alguna vez la voz o no ha sabido encajar un comentario con aspiraciones constructivas?

Ahora tenía tiempo, una buena vida, la mejor educación que el dinero podía pagar para mi hija... Puede que vendiera mi alma no sólo por mi placer y mi paz económica, sino y sobre todo por el bienestar de mi princesa.

—Nunca me he entendido muy bien con los niños, pese a mis intentos. Sabes que ni con el cerdito al que llegué a construir el palacete del jardín he sido capaz de hallarme en armonía, de sentir esa alegría espontánea de la que todos hablan, esa adrenalina eufórica, ese cándido éxtasis ... Sin embargo, con Alberta todo es natural, fácil, sencillo, al tiempo que especial... Ella es especial y lo es porque tú también lo eres.

Fernando repitió esa idea en varias ocasiones. Siempre dudé de si la hubiese mantenido de haber experimentado las noches de insomnio de un bebé con cólicos nocturnos, la impotencia ante el dolor provocado por la dentición o ante los lloros debidos a causas indescifrables, el desorden asociado al empezar a andar y un largo etcétera de situaciones similares.

El porqué de su interés en conectar con un ser inocente, puro, se me escapaba, pero tampoco le daba mayor importancia. Con los datos en mi haber, deducía que debía tratarse de una búsqueda utópica de aquello que puede que nunca se hubiera conocido. En su mundo de súper empresario no había tiempo para las sensiblerías, ni las risas injustificadas; las actitudes naïf eran sin duda castigadas con severidad.

Él procedía de una familia de clase media. Huérfano de madre —fallecida cuando él apenas aprendía a gatear—, hijo único, las prolongadas ausencias laborales del padre y los parientes que nunca dejan de ser lejanos marcaron el resto de su trayectoria vital. No había fotografías familiares en su casa, tampoco oí menciones parentales especiales. Y como no quería caer en el

juego de la interrogación recíproca, evité provocarlo.

El día en el que me despedí de mi trabajo parecía anunciado de antemano.

—Dime, si pudieras elegir, ¿seguirías trabajando? Si tú no quieres, no tienes por qué hacerlo más. Podrías dedicarte a lo que siempre has deseado. A seguir con tus estudios, o a leer, o a diseñar. Es decir, no te estoy diciendo que debas dejar tu trabajo, pero ambos sabemos que poco te aporta aparte de un sueldo que ya no necesitas a final de mes. He pensado en crear un fondo a nombre tuyo y de Alberta en el que iré ingresando dinero y ya sabes que quiero que uses cualquiera de las tarjetas de crédito que he dejado en tu escritorio.

La libertad de dedicarme a lo que realmente me importaba, ¿acaso no era eso un sueño hecho realidad? Ser independiente no implica ser tonta. Al día siguiente, renuncié a mi puesto laboral. Y fue entonces cuando comencé a disfrutar de unas vacaciones físicas y mentales en toda regla.

Una de esas noches de holganza, Fernando entró en la habitación mientras yo ataba el cinturón de mi bata alrededor de la cintura. La ducha había conseguido distenderme todavía más dentro del estado de relax en el que ya de por sí vivía. Cogí una toalla para secarme el pelo.

—No te veo muy vestida para la ocasión, Paula.

—Podríamos quedarnos en casa esta noche...—intenté sonar lo más dulce y convincente posible. Dejé caer la toalla en el respaldo de un sillón. Le miraba de forma insinuante, mientras iba acercándome con movimientos pretendidamente sexies.

—¿Sabes cuánto me ha costado conseguir esta reserva en el Ducasse?

Lo abracé y sondeé su cavidad bucal. Con las manos empecé a recorrer su cuerpo de forma anhelante y lasciva.

—Hhmmm... Suena convincente. Y no es que me esté quejando, pero... ¿y este calentón?

—Ya sabes que me gusta improvisar de vez en cuando...

Y rematé con un apasionado beso sobre sus labios. Deslicé mis dedos bajo su camisa y los enganché en su espalda desnuda.

Él me abrazó y empezó a besarme mientras tiraba del cinturón suelto. La bata se abrió y el aire se precipitó contra mi piel desnuda. El roce de la gruesa tela

de su chaqueta era tan estimulante... Pasó su mano entre mis pechos y mi vientre, con un gesto de dulzura. Me separó de sí lo suficiente como para contemplarme en mi desnudez.

—¿Te he dicho lo hermosa que eres? Eres realmente hermosa, Paula.

Satisfecha y necesitada me tumbé boca arriba en la cama. Le incité a observarme; encendida por la pasión empecé a apretar mis pechos y a pellizcarme los pezones, zona especialmente sensible de mi anatomía. Acaricié mi sexo lasciva y suavemente. Mi cuerpo volvía a ganar a mi mente y él sabía tomar completa ventaja de ello.

Fernando se acercó y yo rocé con mis dedos su erección.

—Ya estoy húmeda y lista para ti. Tócame, pero, por favor, no te detengas.

Siguió palpando mis pechos encendidos. Mis pezones se erizaron hasta el límite al sentir su mano. Pasó su lengua por ellos, comprimiéndolos entre sus labios y mordiéndolos con deseo. Me encantaba que los besara, que los chupara. Le pedí que me los mordiera. Lo hizo una vez más antes de que sus gruesos labios viajaran hacia el sur.

Sentí el suave cosquilleo de su boca mientras me dibujaba con ella. Gemí cuando noté su aliento sobre mi vagina. Se alimentó de mí, me devoró con la lengua y con los labios. Comenzó a lamer mi agujero y a secar los jugos vertidos por la pasión. Le ofrecí mi tesoro para que lo explorara sin límites. Le insté a poseerme.

Él me buscó, tentó mi cintura, mi vientre y entró en mí despacito, con toda su virilidad, sin dejar de acariciar mis excitadísimos pechos. Perfectamente unidos, nos mirábamos a los ojos e inflamábamos de deseo nuestros sexos.

—Me encanta cómo tu cuerpo obedece, mujer intensa y suave.

Poco a poco alcanzamos juntos el clímax, logramos un orgasmo conjunto, sincronizado, armonioso, mental. Fernando se deslizó a mi lado y quedamos abrazados y en silencio, en paz, en calma.

Me desperté con su musculoso brazo rodeándome. Froté el sueño fuera de mis ojos. Él suspiró y deslizó la boca suavemente sobre mi cabeza. Con calor, me retorcí de forma erótica sobre su cuerpo. Al pasar su pulgar sobre mi pezón, éste se endureció y él sonrió.

Medio adormilada le devolví el gesto. Me agité, me estiré y deslicé los pies

sobre los suyos. Bostecé y terminé de despertarme. Los espejos de la habitación me gustaban cada día más... Abrí las piernas para él... Se tomó su tiempo, moviéndose lentamente dentro de mí. No me estaba jodiendo o follando. Me estaba haciendo el amor.

Después en la ducha, ¡oh, eso sí había tenido otros matices más salvajes!

La convivencia no había erosionado lo más mínimo el apetito desmedido. Me gustaba usar lencería provocativa en la alcoba de vez en cuando y ahora tenía el tiempo y el dinero para ello. Yo no era del tipo absorbente. Funcionaba bien. Los tres sonreíamos a diario...o al menos eso sentía yo...

Por eso lo que pasó tan pocas semanas después, esa abrupta ruptura del bucolismo iluso, ese fin inesperado de las vacaciones mentales a las que por supuesto me estaba encariñando rompió mi burbuja de aire y entonces volé, volé sin rumbo y ahogándome en las disneas que, como diría mi madre, yo misma había provocado.

* * * *

Alberta se había querido ir una semana a un campamento en el que iba a combinar clases de fotografía con el aprendizaje de inglés. Era la primera vez que nos habíamos separado durante más de una noche desde su nacimiento.

Yo no estaba demasiado emocionada con el asunto, pero quería pensar que se trataba de un bien para ella; se divertiría y haría nuevos amigos, se lo había más que ganado con su comportamiento y a fin de cuentas no iba a estar a más de tres horas en coche, ¡así que adelante! Nueve días en ese campamento hiper-exclusivo que yo no habría podido costear ni con las pagas extras de dos décadas de asalariada...

—Muy buenos días. ¡Ooohhh, has hecho café! Mujer intensa, suave y a la vez, atenta... —y me endosó un beso mañanero en la frente.

—Es lo mínimo que puedo hacer... ¿Quieres unas tostadas con mantequilla y mermelada? —pronuncié con dulzura.

—No, gracias. Un par de sorbos de café y me voy pitando. Tengo una reunión de trabajo a primera hora.

—Es sábado, ¿lo sabes, no? Eres un adicto al trabajo...

—Serán sólo un par de horas. Aprovecha la mañana para irte de compras egoístas. En estos momentos seguramente Alberta esté ya corriendo con la cámara de fotos colgada del cuello junto a los nuevos amigos que, estoy convencido, ya habrá hecho. —intentaba empatizar con el sentimiento de una madre que debe aceptar que su retoño adquiera conciencia de las alas que algún día desplegará, mientras bebía el café recién hecho. —Y recuerda la sorpresa que tengo preparada esta noche para nosotros dos, aprovechando precisamente su ausencia... —sonó libidinoso y sensual. —Ahora me voy. No quiero fracasar... El olor a fracaso es tan repugnante...

—Hueles fantástico, Fernando —y disfruté de besar esos labios carnosos.

Me quedé largo rato con mi taza calentita en el salón, leyendo la edición digital de un medio de difusión nacional. A Alberta le gustaba levantarse tarde los sábados. La ausencia de los ruidos molestos propios de un vecindario masificado se lo permitía.

A veces, al acercarse el reloj al mediodía y seguir sin oír ruido en su habitación, me decidía a entrar, ponía alguna de las canciones que formaban nuestra lista de éxitos personales y me acostaba junto a ella en la cama.

Un artículo de la sección más popular del diario llamó mi atención. Trataba una supuesta nueva “moda” bastante extendida entre algunos hombres que consistía en quitarse el condón durante la cópula, a pesar de haber acordado con su pareja usarlo. Han puesto nombre a esta traición —*stealthing*— y encima lo llaman tendencia... ¿de qué no es capaz el hombre por intensificar un ápice la intensidad de su placer?

Supongo que es más fácil ver la paja en el ojo ajeno que en el propio, pero tampoco se puede ir mal pensando siempre en esta vida... en cualquier caso, estoy completamente convencida de que si alguna vidente hubiese previsto en su bola de cristal lo que iba a tener que vivir yo aquella misma tarde, no le hubiese concedido ni un ápice de credibilidad. A la postre, todas las sorpresas con las que hasta aquel momento Fernando me había obsequiado habían resultado gratificantes.

Me pensaba afortunadísima, comfortable en mi trono de oro y piedras preciosas hasta que lo impensable, lo inimaginable aconteció y entonces yo quise ser engullida por el monstruo de los mil ojos. Me lamenté incapaz de

moverme, mi reacción era frenada por el miedo, pero en el último instante corrí, corrí y corrí, sin mirar atrás, hacia el bodegón de la cornucopia del final del pasillo...

Entonces, desperté, envuelta en un manto de sudor frío. Me había quedado dormida en el sofá. Busqué mi móvil. Fernando me había llamado unas cuantas veces. Su inquietud por saber si estaba o no en casa me resultó chocante. Quiso que me reuniera para comer con él en el centro de la ciudad. Antes, un baño en la piscina para alejarme del todo de las feas pesadillas.

Me extrañó tenerle que esperar en el restaurante una media hora. Intenté contactarle en vano. A su llegada, le observé tenso y acalorado. Se adelantó y con una retahíla de incidentes imprevistos justificó su retraso. Estábamos sentados en una mesa discreta y empezamos a comer. Entre plato y plato y bebiendo dos botellas de un vino caro, recordamos nuestro primer encuentro sexual.

Casi siempre que hablaba de sexo con él era inevitable que acabara un poco excitada. Cuando el camarero trajo el soufflé que compartiríamos, por primera vez desde su llegada, se mostró reposado y sus ojos se percataron al fin de la gentil transparencia de la blusa blanca que yo llevaba.

Se despertó en mí la curiosidad hacia aquello a lo que él había planeado que dedicáramos el resto de la velada y así se lo hice saber. La conversación, el vino regándolo todo... acarició un poco mis piernas por debajo de la mesa y me propuso entregarle mi sujetador a cambio de una pista sobre sus intenciones planificadas. Fui a los aseos y me quité el sostén. Esa liberación siempre era agradecida. Me fijé en cómo me miró uno de los camareros cuando salí con la ligera blusita como único revestimiento de mis senos...

Sentí cómo mis pezones en plena erupción levantaban la fina tela. Volví a la mesa con la mayor naturalidad que pude, aunque hubiese preferido encontrar en mi silla una chaqueta, propia de un día más fresco o de una noche precavida. Mi pequeña provocación no pasaba desapercibida. Me sabía deliciosamente observada y algo abrumada.

—¿Satisfecho? —le susurré, mientras le lanzaba el sujetador sobre los pantalones, ventajas de reservar una mesa apartada.

—¡Encantadísimo! Con esa falda se te ve un culito muy bonito, ¡cómo se ajusta a esas piernas perfectas! hmmm... ¡qué ganas de quitártela! y he

visto que te has puesto los zapatos de tacón que tanto me gustan...

Moví la silla para sentarme a su lado y acercar mi mano a su entrepierna.

—Y con una erección de caballo —destaqué, tomando la cara con ambas manos a sabiendas de que los senos se reunirían en una verdadera conspiración.

Sonrió. Le masajeeé levemente la dureza que se resistía bajo sus pantalones.

—Ahora quiero mi pista —le exigí.

—Te la has más que ganado. Ahí va: es una sorpresa sexual...

—¿Enserio? Eso no es una pista... Me confunde todavía más....

—¿Confundida, dices? Vamos al baño y te aclaro lo que necesites —me desafié.

De un trago ingerí el alcohol que mi copa conservaba y acepté el reto.

Embriagados de deseo, entramos juntos en los servicios de señoras. Cerramos la puerta y se desató un huracán de besos. Nuestras manos no daban abasto. Fernando se precipitó en abrir mi blusa como pudo y me acarició los pechos, los estrujó, degustó mis pezones como si fuera la última noche de su existencia.

Me tomó de la cintura, me levantó y me colocó sobre el lavamanos. Alzó mi falda y abrió mis piernas para meter su cabeza entre ellas en busca de ese cálido y húmedo destino que tan bien conocía. Mis muslos temblaron de deseo y mi cuerpo se estremeció de gusto.

Hasta ahí todo fue muy rápido; apenas duró unos segundos. Nos metimos en uno de los cubículos, le quité el cinturón, le bajé los pantalones y la ropa interior y le empujé para que se sentara en la taza del wáter. Cogí su pene y me lo metí hasta lo más profundo de la garganta. Se lo mordí levemente. Sabía que lo gozaba y que deseaba penetrarme hasta el fondo. Me tocó y se llevó a la boca el flujo que desprendía mi excitada vagina.

Fui clavándome lentamente, sintiendo como iba entrando milímetro a milímetro en mí. Cuando la tuve toda dentro, me quedé quieta, saboreando el momento. Sus manos no dejaban de agarrar mis pechos. Empecé a moverme; poco a poco iba aumentando la intensidad. Mojó de nuevo su dedo índice e hizo lo que sabía que me gustaba. Lo acercó a mi culo y lo fue metiendo,

notando pacientemente como era recibido.

Con altos niveles de estimulación previa y el morbo de la situación, duramos poco. Se corrió él primero. Pronto le seguí yo. Sinceramente no sabía si habría alguien fuera o si nos habían oído, pero me encontraba en el séptimo cielo y con no volver a ese restaurante, asunto arreglado, ¡sería por falta de restaurantes!

Nos separamos y con la mirada me dijo que saliera yo primero. Entreabrí la puerta y como no había nadie, me arreglé rápidamente ante el espejo y salí para dirigirme directamente al parking.

Al poco vino él. En su cara nadie podría haber leído lo acontecido. En la mía, quizá sí. Fernando a veces llegaba a ser tan expresivo como una hoja de papel en blanco. Volvimos a casa, yo estaba más satisfecha que un ocho; pensaba que ya había sido agasajada con lo imprevisto. No tenía motivos para desconfiar, como ya he dicho. Ningún zumbido en mi cabeza, ningún extraño océano hizo eco en mis oídos para alertarme.

Lo primero que hice al entrar en el dormitorio principal fue quitarme los bonitos, pero no tan cómodos zapatos. Los lancé lejos, lo más lejos que puede, y entonces mi corazón dio un vuelco. Fue uno de esos momentos en los que sientes quedarte sin aire mientras presencias impotente como tu alrededor se sigue moviendo. El *attrezzo* de tu hogar se desmorona y tú sólo puedes permanecer inmóvil, imbécil, intentando entender, sin quererlo hacer.

Había alguien más en la habitación. Ahí, tumbada sobre nuestra cama, estaba la mismísima Carmen, la que yo consideraba mi mejor amiga, estaba allí, boca arriba, con sus extremidades atadas y las piernas abiertas, vestida únicamente con un conjunto de lencería negro y yaciendo en el mismo lecho en el que Fernando y yo despertábamos juntos cada mañana. Quería pellizcarme y despertar.

—¿Carmen? ¿Es éééssaaaa... Caaarmen? —tartamudeé. Seguía esperando que hubiera un error de reconocimiento por mi parte o de cualquier otro tipo...

Su boca había sido amordazada con una especie de bola roja. Una cuerda tosca alrededor de sus muñecas la amarraba al cabezal forjado en hierro. Me acerqué... Parecía que la soga que la enrollaba le impidiera cerrar las piernas, ni tan siquiera zafarse de la más mínima molestia...

Carmen, la misma a la que no veía en los últimos meses, pero que en su día

me había explicado que llenar un preservativo de agua y congelarlo era una estupenda manera de “fabricar” un consolador helado... mi única amiga prestada a un espectáculo con tintes sadomasoquistas con mi actual pareja...

Noté un leve tirón en mi espalda. Unas voces lejanas pronunciaron algo en vano.

Dolor agudo en el pecho.

Me sentía traicionada y alienada. De alguna forma quería pensar que lo que estaba presenciando no era real, tan sólo una sucia pesadilla. Apreté mis puños y deseé abrir los ojos con todas mis fuerzas, pero nada cambió...

—Paula, déjame explicártelo —vi malicia en la mirada de Fernando.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué has hecho? —respondí brevemente, muy irritada.

Él intentó coger mi mano. Me eché hacia atrás como si me hubieran abofeteado. Todo había sido demasiado bonito. Estaba claro que un día u otro saldría a la palestra el motivo de que alguien como él se hubiera fijado en mí... y ahora estaba más cerca que nunca de descubrirlo...

—¿Te la has follado antes de comer? Por eso has llegado tan tarde y acalorado...

Salí del dormitorio en dirección al salón. Él se apresuró en seguirme.

—¡Claro que no! Es... era un regalo para ti, para los dos... No lo estás entendiendo. No te pongas como una loca y, por favor, escúchame —me estiró del brazo. Lo agarró con fuerza.

Respiré hondo y apreté el nudo de mi estómago.

—¡Suéltame! Me estás haciendo daño —y obedeció.

—Mira, no he necesitado insistir mucho para que ella viniera hasta aquí...

—Tu ego es asombroso —le corté enfurecida —No te bastaba con satisfacerme a mí, ¿verdad? ¿Te crees demasiado hombre para una sola mujer? Gracias por la maravillosa sorpresa, pero puede que éste sea el punto de no retorno. Lo que has hecho es repugnante. Tú eres repugnante —estaba fuera de mis casillas. —Quiero que ella se vaya ahora mismo de esta casa.

Bajó su mirada al suelo, mientras la mía se perdía y quedaban atrás esos oscuros y cálidos ojos rasgados que me envolvían en llamas cada vez que se posaban sobre mí. Escapé a su alcance. Busqué en la infinidad del mar al que

la casa miraba un lugar en el que perderme en mi propia desorientación y nerviosismo.

Los vicios y excesos de un millonario sin compromisos, ni obligaciones familiares... Un trío sadomasoquista con mi única amiga... Esa forma de relacionarse tan superficial, ese revolcarse general... Enfado, rabia, indignación... En proceso de asimilación...

Sentía que se había reído de mí, quería enviarle al demonio, rehacer las cuatro maletas que en su día trajimos, ir a buscar a Alberta al campamento y conducir, conducir y conducir muchos kilómetros, para estar muy, muy lejos de ahí. Sin embargo, era consciente de que no podía permitirme el lujo de actuar en caliente, de forma precipitada e inmadura. Lo mejor para Alberta, siempre...

¡Y yo que había barajado un masaje erótico con velas calientes! o un baño de espuma compartido, a lo sumo... Bien cierto es que se necesita tiempo para conocer a la gente... No esperaba tener que encarar ese machismo que creía desterrado en mi propio dormitorio... bueno, propio... me quejaba de la caja de zapatos, pero al menos era mi casa, la nuestra, mía y de Alberta...

En mi mente se cruzaron autorreproches e indignaciones. El enfado debía ser conmigo misma. ¿Cómo había osado pensar que por una vez en la vida la suerte me sonreiría y la estabilidad haría que dejara de tambalearme? Siempre al borde del precipicio y aún así creyendo en el karma y sandeces similares...

Dando vueltas y vueltas mientras mantengo el equilibrio a duras penas, sin asentarme, sin poderme relajar y al fin confiar... Estaba cansada del tiovivo. No tenía respuestas para muchas preguntas, sólo dudas y ahora también recelo y rechazo. Sabía que nada sería igual después de aquella tarde, pero, ¿era verdaderamente ése el punto de no retorno?

* * * *

No era difícil evitarse en una casa con tantos metros como aquella que habitábamos. Las dos primeras noches tras la desagradable sorpresa las pasé en vela. Aproveché la ausencia de Alberta para manifestar mi conducta más

apática e indiferente. Al tercer y al cuarto día dormí, envenenada en alcohol y perdida en oscuros laberintos.

Me sentía desarmada. No había duda de que me había acabado enamorando. Mi sufrimiento hablaba por sí sólo. Me había enamorado y me habían traicionado. Y ahora lloraba por desamor como una cría desconsolada ante lo que considera una gran decepción por parte de su primer amor.

No me quedaría otra que cargar con el peso del dolor yo sola, como siempre, sola, mirando hacia adelante y logrando que ella no pudiera intuir el más mínimo problema de adultos. ¿Cómo iba a conseguirlo esta vez? Ya no era un bebé, sino una niña espabilada e inteligente de diez años... No podía quitarle de repente todo lo que ya le había dado...

Sólo tenía que centrarme en lo mejor para ella, en la decisión que implicara su mayor bienestar... ¿O acaso esa decisión me pertenecía solo a mí y debía dejarla a ella fuera de la ecuación? Colegios bilingües, vivir en una mansión con piscinas y un gran jardín, no tenerse que preocupar por la limpieza ni el cocinado, olvidarse de los números...

El dinero resuelve la mayoría de problemas y quién diga lo contrario miente. No tener deudas, ni preocuparse por las facturas evita mucha tensión... Sin embargo, ahora no tratábamos sobre aquella lavativa que alguna que otra vez acabó mojada, sino de haber atado a mi mejor amiga, a su empleada, en la cama que diariamente compartimos... ¿Qué iba a ser lo siguiente? ¿Le daría la oportunidad de que hubiera siguiente?

Decidí darme un baño para aliviar tensiones y, quizá, ver las cosas de forma distinta. Unas pocas sales de rosa y lavanda, algo de esencia de gel de té verde y limón, mucha agua caliente y a intentar meterse las manos en los bolsillos. A veces, cuanto más graves parecen los hechos, más hay que meterse las manos en los bolsillos, o en otro sitio más placentero...

Empecé a desabotonar mi vieja camisa de cuadros. Se sentía pesada y sucia. Cada prenda de menos suponía una pequeña liberación... ¿Cómo podía sentir ganas de masturbarme?! ¿Y por qué no? ¿Había dejado de ser humana y hedonista? ¿Acaso no era una forma asegurada y placentera de evasión?

Noté su aliento en el dormitorio contiguo. ¿Sería casualidad o un encuentro buscado? Imaginé que me estaba observando desde el resquicio de la puerta y no me molestó, es más, me vi pícaramente excitada. Abro el grifo y la presión

del chorro de agua me invita a ser egoísta.

Me quito la camisa del todo, mientras miro de reojo cómo la sombra de su presencia va acercándose. Desabrocho mi sostén y lo dejo sobre el taburete. Su respiración entrecortada le delata. El agua caliente sigue fluyendo y yo estoy mojada sin haber tan siquiera puesto un pie en tan generosa bañera. Tiro las braguitas hacia donde sé que él está, espiándome... No es una invitación sino al desconcierto...

Me tumbo dentro de la bañera y me dejo mimar por los aromas de té verde y limón. Abro las piernas y recorro con mis dedos el monte de Venus, voy bajando suavemente, disfrutando de cada caricia.

Siento cómo su respiración se aproxima, se acelera y con ella la mía. Apoyo con firmeza una de mis piernas en la resbaladiza pared y abro bien los labios vaginales; cojo el cabezal y dirijo el chorro directamente hacia mi clítoris. Hhhmmmm... ¡Mi clítoris sí que es el jefe! Sonrío. ¡Y siempre lo será!

El espejo le permitía llegar a mi escena como un fisgón. Está cerca, muy cerca, casi me roza con su aparato liberado y totalmente erguido. Lo palpa con deseo. Debe estar duro como el mármol. El placer empieza a borrar el resto. Mi boca deja escapar un dulce suspiro.

Alejo y luego acerco la alcachofa, describo rítmicos movimientos y cuando estoy a punto de correrme, subo la temperatura del agua... El placer es intenso, tan intenso que no puedo evitar dejarme llevar por el ritmo de ese chorro tan goloso que yo controlo y me lanzó a la búsqueda de un segundo orgasmo. No tardé en llegar nuevamente a mi paraíso personal, mordiéndome el labio inferior para acallar la sinfonía de gemidos, vapores íntimos y escatológicos.

Todas mis terminaciones nerviosas ardían. Liberación, suaves ondas de placer, breve diseminación de pensamientos...

—Mírame, Paula, te lo ruego.

Y tras seis días sin ser capaz de hacerlo, le miré. Y lo hice de forma caliente y consumidora y entonces él se corrió. Y luego yo respingué por la molestia que sentí al frotarme de forma demasiado brusca mi zona íntima con la toalla para secarme.

Exhibí mi desnudez y lo dejé ahí plantado, con esa cara medio cómica medio terrorífica de desencajado extasiado. Cogí una manta de cachemira en mi

paso fugaz por la alcoba. Tenía claro que nada más erizaría mi piel esa noche, controlaría los impulsos físicos ante los cuales me había vuelto a habituar a ceder...

¿Cómo podía haberme masturbado delante de él y haber disfrutado tanto después de lo que acababa de pasar unos pocos días atrás? No confiaba en él, pero tampoco en los impulsos carnales que su portentoso cuerpo provocaba en mí. Me tumbé en la cama balinesa del mirador y me arrojé con la manta. Me quedé dormida rápida y plácidamente con la única compañía de las aromáticas cidronelas y las brillantes estrellas.

A la mañana siguiente, hablamos. Trajo hasta mi cama improvisada por una noche una gran bandeja desbordada por cruasanes de las más deliciosas variedades —reellenos de mermelada de albaricoque, de castaña con vainilla, con mozzarella y tomate seco, con frutos secos y yogur griego...—. El zumo natural y el humeante café llegaron poco después.

—Muy buenos días Paula. ¿Has dormido bien?

—¿Cuál era tu objetivo con ello, Fernando? —No me anduve con rodeos. Tenía claro cuál iba a ser mi primera pregunta.

—¿A quién crees que buscaba satisfacer? —Entretanto, ya me había servido una taza caliente.

—A ti mismo, supongo.

—Supones mal, Paula.

—¿Eres consciente del daño que me has causado? Jamás podré mirarla de nuevo a la cara...

—Me preocupa que no puedas volverme a mirarme a mí como antes. Paula, lo hice por ti, por nosotros. Aunque te cueste creerlo, pensé que te satisfaría, que disfrutarías de tenerla a tu merced, que gozarías de ella...No era una extraña cualquiera, no te equivoques, sino alguien a quien te unía cierto tipo de conexión. Me habías demostrado ser una mujer abierta, sin prejuicios.

>>No tengo más que rememorar la noche en que nos conocimos... Créeme al decirte que simplemente pensé que te gustaría, que te complacería poder dominarla justamente a ella, ¿acaso crees que en los años que lleva trabajando para mí no hubiera podido follármela donde y como yo hubiese querido con un simple chasquido de dedos? Jamás tuve el menor interés en

ella. Si no lo tiene para ti, tampoco para mí, Paula...

—Tu arrogancia no ha tardado en salir.... ¿Cómo te atreves a decir que lo hiciste por nosotros? ¡Y deja de repetir mi nombre, maldita sea! —fui escueta. Así como él lo planteaba, parecía estar hablando sobre un incidente completamente distinto al que me había estado royendo mentalmente, eliminando casi al completo todas mis ilusiones sentimentales.

—Puede que yo no te merezca. Ni a ti, ni a Alberta, pero te juro que satisfacerte a ti, sólo a ti, de forma exclusiva y entregada, es un honor para mí. Os quiero y haría lo que fuera necesario para manteneros a mi lado.

“Lo necesario, a excepción de mantener tu polla dentro de tus pantalones” no pude evitar pensar yo. A suma cuenta, mis prejuicios eran mucho mayores de lo que yo estaba dispuesta a admitir, mi mente no era lo abierta que él presumía, ni quería arriesgarme a que lo fuera, al menos no hasta que Alberta tuviera veinte años más.

—Ahora me doy cuenta de mi error y te pido mis más sinceras disculpas. En primer lugar, tendríamos que haber hablado antes sobre ello, tendría que haberme asegurado de que mis elucubraciones eran compartidas, de que era algo que realmente deseabas...

—¿Accedió ella libremente a montar el numerito sexual o la tuviste que chantajear con despedirla si no la hacía?

—Ya te dije que no me hizo falta insistirle mucho. Enseguida mostró interés. Quiero que sepas que en ningún momento estuvimos a solas ella y yo, vamos que no fui quién la amarró... ese día no la había visto hasta que tú y yo entramos juntos en el dormitorio.

>>Fue una mala idea, ¿de acuerdo? Y lo siento. Como ya te he dicho, mi inclinación es solo hacia ti. Es la curva de tus pechos la que deseo, el contorno de tus piernas es el que me hace perder la cordura... la luz de tus ojos, la que me hace brillar... Quiero que todos mis orgasmos nazcan contigo y por ti.

Algunos de sus razonamientos tenían cierta lógica. Sabía que Carmen no se había mostrado muy entusiasmada con mi nueva vida, recelosa quizá, había rechazado todas mis iniciativas para reunirnos una vez me hube mudado a la mansión frente al mar. Cogí un cruasán, el relleno de mermelada, y me lo llevé a la boca. No me defraudó.

—¿Cómo se llamaba el bigotudo ése que te acompañaba en la fiesta del viejo almacén?

—Alejandro —me confirmó.

—¿Por qué no invitaste a Alejandro el sábado por la noche?

—¿Te hubiera gustado que lo invitara? —respondiendo de nuevo a una pregunta con otra pregunta. Bien sabía él que ese hábito suyo me inquietaba especialmente. La pausa se me hizo eterna. —No le invité a él dado su carácter altamente dominante y porque sabía de antemano que sus juegos no iban a gustarte. Fue ella porque pensé que era especial para ti, que había algún tipo de conexión que posibilitaría un encuentro pasional, que era algo que anhelabas tú, pero que nunca te atreverías a proponer... y me equivoqué. No volverá a pasar.

Di unos sorbos al café. Estaba especialmente rico, suave, pero intenso, como a mí me gustaba...

Hablamos largo y tendido, sobre él, sobre mí, sobre nosotros, sobre la vida. Y así fue cómo al octavo día desde la inesperada sorpresa, cogí el bolso y la moral y me los puse por bandolera y durante las tres siguientes semanas Alberta, Fernando y yo estuvimos viajando por Sudáfrica.

Allí, en aquellos senderos poblados de elefantes, viendo jugar a los guepardos y a las jirafas en su hábitat natural, reanudé mis vacaciones mentales. Por fin mi pequeña entendió el concepto de safari.

¿Cuántos niños de su edad habrían visto a papá y mamá avestruz cortando el tráfico de una carretera para salvaguardar el paso de sus tres pequeñuelos? ¿O cuántos se habrían tronchado a reír al ver a los monos babuinos despiojándose unos a otros?

Montamos en helicóptero, navegamos para visitar a los pequeños —y aburridos —pingüinos africanos y observamos a las ballenas tan de cerca que creímos poder tocarlas. ¡Y yo siempre he sido de las que prefieren una aventura en barco para avistar ballenas antes que tener en el armario el mítico bolso de Hermes!

La alarma sonaba a las 5 de la mañana para salir de safari a primera hora y tener así más posibilidades de éxito en la contemplación de los “cinco grandes” de tierra —el elefante, el rinoceronte, el búfalo, el león y el leopardo—. Las excursiones en vehículos 4x4 totalmente descubiertos —para no

perderse detalle y poder tomar grandes fotos —resultaron más divertidas de lo que me había figurado.

La bella Ciudad del Cabo, el misterioso desierto de Kalahari, las pinturas rupestres de las montañas Cederberg... nombres que formaban parte de toda una cultura internacional básica, enfrente de nosotras.

Recuerdo como una noche en el *lodge*, después de haber disfrutado de una cena en plena sabana y de haber participado en actividades de astronomía — las estrellas de ese cielo tan despejado parecían más cercanas, más brillantes —, pude escuchar la llamada de los elefantes, la risa de las hienas y el rugido de los leones.

Puede que los hipopótamos estuvieran luchando por su territorio en el río. Me sentí plena, colmada, en paz, feliz. A Alberta le había maravillado la idea de dormir en una cabaña situada en lo alto de un árbol y Fernando ya lo había arreglado para que así fuera en la jornada siguiente.

Lo que yo conocí de Sudáfrica fue un lujo entre el lujo. Por una parte, un país lleno de contrastes. En pocas horas, pasabas de la montaña a la playa, del frío al calor. Por otra, diversidad, desde desiertos, montañas y lagos hasta bosques y viñedos —tuve la oportunidad de catar varios vinos, entre ellos, el mejor blanco que me hayan servido—. Muchos animales, paisajes de ensueño y sonrisas constantes de la población local.

El atardecer es sin duda un momento mágico, realmente vibrante para los habitantes de la sabana. Tras el intenso calor de la jornada, el cielo se va tiñendo de añil rosado para dar la bienvenida a la luna. Es el momento simbólico de la muerte del día y del alumbramiento de la noche. Los juegos de luces y sombras parecen soñados, irreales.

La puesta de sol desde la cabaña del árbol me sobrecogió, me transmitió emociones que van más allá de nuestro lenguaje. La cálida madera bajo mis pies descalzos, una suave brisa vespertina, el silencio sólo roto por los cacareos de las aves exóticas, mango, maracuyá y amulla —una fruta con alta graduación alcohólica —frescos y a tu alcance.

Las primeras estrellas van apareciendo en el intenso cielo rojizo, precursoras de una noche infinita... La sangre empieza a hervir de una forma muy especial y todo parece posible, alcanzable. Y es entonces cuando descubres tu nuevo lugar favorito en el mundo.

En medio de tal vivencia, el resentimiento fue limándose, la melancolía fue desapareciendo absorbida por la más pura fiebre y los ojos que sabían y pensaban cosas indebidas regresaron. Nuestras miradas volvieron a encontrarse y vi lo que había visto esa primera noche en la fiesta. De nuevo el tiempo pareció correr con más lentitud.

* * * *

Ahora estaba segura de que dejarlo ir era muy, muy difícil. ¿Quién podría deshacerse a la ligera de un boleto ganador de la lotería o hacer la vista gorda ante el descubrimiento de un tesoro escondido bajo una baldosa? Me había acostumbrado rápido a esa cómoda vida en la que mis preocupaciones se habían visto reducidas y mis caprichos concedidos.

Estaba lo más cerca de sentirme exquisitamente saciada de lo que jamás antes hubiera tan siquiera podido imaginar. Sin embargo, mi corazón... seguía doliendo. Quería planear algún tipo de maliciosa venganza a largo plazo, cubrirme las espaldas con alguna estratagema que me concediera un as en la manga. Una parte de mí insistía en querer desenamorarse de él...

Las jornadas de tiempo compartido que siguieron, los crepúsculos —no dejaba de echar de menos la cabaña del árbol en plena sabana africana—, los paseos por la playa y, sobretodo, las charlas —nuestra comunicación había mejorado, cierto es —no facilitaron esas ocultas y maliciosas intenciones mías...

La relación con Fernando había avanzado de forma rápida y decidida, desde prácticamente el primer cruce de miradas. En todo momento me sentí extremadamente deseada y respetada y ése había sido el motivo por el que encontrarme a Carmen semidesnuda en nuestra cama me había descuadrado tanto.

¿De verdad había creído que él había formalizado una relación conmigo porque yo era malditamente especial? ¿Especial yo, una treintañera aspirando a cuarentona madre soltera sin tiempo que dedicarse a sí misma, ni ganas de hacerlo? Ahora pensaba que me había querido mostrar todo aquello a lo que podía tener acceso siguiendo sus normas, para que ni tan siquiera fuera

necesario amenazarme en caso de no acatarlas.

Adoraba las noches sin despertador y los desayunos tardíos... Las invitaciones exclusivas llegaban también a mi correo electrónico, cenaba con referentes de todos los tipos, viajaba a los destinos más exóticos, tenía acceso a las zonas reservadas a los VIP. La vulnerabilidad del que quiere y no puede multiplicada por dos. Dos autoestimas heridas jugando a las cartas con un tramposo profesional...

La idea de regresar a un puesto de oficinista cualquiera que aparte de un sueldo, efectivamente, nada me aportaba, me resultaba más terrible que nunca. Consideraba imposible retomar ciertas rutinas, volver atrás en muchas de las mejoras que conformaban nuestro nuevo mundo, el mío y el de ella, porque siempre sería él mismo...

Barajé la opción de ir a la universidad, ya que ese había sido otro de esos planes estancados a falta del momento oportuno para iniciarlo... En su día muchos coincidieron en considerarme inteligente y con inquietudes, puede que todavía quedara algo de aquello...

En definitiva, el tiempo también puede tomarse su tiempo, las horas son más largas si ninguna obligación viene a perseguirte —rellenar la cubitera del congelador no puede contar como obligación...—, vivir en vacaciones continuas puede acabar por atraer la nostalgia hacia la utilidad de uno mismo como ser humano y puede que por eso y porque su insistencia consiguió intrigarme quedé con Carmen una última vez. Nos reunimos en un café-bistró en el que habíamos compartido risas y confidencias no hacía tanto. Nos miramos a la cara desde el primer instante.

—Vas a seguir con él, ¿verdad? —me preguntó con entonación inquisitiva.

—No creo que lo que yo haga o deje de hacer con mi vida sea asunto tuyo, mucho menos desde la maravillosa sorpresa que me preparasteis juntos. — Fui contundente y me permití perder la mirada en el infinito para darme aires, no sé muy bien de qué.

—Paula, no estoy aquí para juzgarte, ni para interrogarte... Quiero que entiendas... Esto es difícil para mí... —la intensidad de su voz iba disminuyendo a medida que se acercaba el camarero con la bandeja: un capuchino para mí y un café solo para mi acompañante.

>>Prosiguió con su discurso sin esperar a que se alejara —¿Cómo te crees

que me sentí al ver que me ibas apartando de tu vida para juntarte con el mismo hombre contra el que tantas pestes había lanzado no sin motivo? Cada vez que te lo intentaba explicar, parecías no querer escucharme.

>>Siempre había imaginado que no existía mujer en el planeta capaz de tolerar sus excesos, su egoísmo, su necesidad de control y de dominación. ¿Cómo pensar que una madre soltera cabal y con integridad como tú fuera capaz de encontrar en él aquello que busca?

—Sabías que eras mi única amiga, Carmen. Pese a todo lo que hemos compartido, pese a todo lo que nos unía, te metiste en la cama que comparto con mi pareja ¿pretendes camuflar tu traición como un intento de protección? ¿Tan ingenua me crees? No cuela... ¿te ha pedido él que hables conmigo? — sus florituras verbales eran ambiguas, no sabía a donde quería llegar.

—¡Claro que no! Quería despedirme de ti, Paula. Empezaba a pensar que ya no podría hacerlo, pero al final he tenido suerte —me regaló una sonrisa de amabilidad —He conseguido un buen puesto laboral en Milán. Al fin mis DVDs de italiano parece que han dado su fruto. Me voy pasado mañana. Y me alegra que estés aquí.

—No entiendo porqué ahora es tan importante despedirte de mí, Carmen. Desde que Alberta y yo nos mudamos, puedo contar con los dedos de las manos las ocasiones en las que nos vimos. Dejaste de responder a mis llamadas tú y ¿acabas de acusarme de apartarte de mi vida?

—Desde que estás con él, has cambiado, Paula. No eres la misma...

—Puede que tú nunca me hayas llegado a conocer... —repliqué con rapidez.

—Cierto. No pensé que aquella noche fueras a reaccionar como lo hiciste... Él me pidió que me colgara con cadenas del techo de la habitación para ti, como aquel número que vimos en la vieja fábrica el día en que os conocisteis. Obviamente me negué a tal aberración... ¿crees que un hombre normal se excita ante tal espectáculo?

>>Tú eres la que comparte la cama con él... Sabes que nunca ha querido algo conmigo y no puedo decir que en su momento yo no lo intentara... Me ha utilizado cómo ha querido y realmente creo que es la única forma que tiene de relacionarse con la gente. Mira, Fernando tiene experiencia y recursos casi ilimitados. Es un manipulador nato que te lleva a su terreno sin que te des cuenta...

—¿Por qué lo hiciste, entonces, Carmen? Dejemos de dar rodeos y aclárame esto antes de seguir con este diálogo sonado que creo no nos lleva a ninguna parte —protesté con serenidad.

—Lo hice porque quise. Me apetecía...

—¿Cómo? No entiendo...

— Yendo al grano, no se trata de que haya estado ocultando mi orientación sexual todos estos años, no, no soy lesbiana, pero de alguna forma, siempre he pensado que eres una mujer muy atractiva y sensual.

Esa declaración sí que me dejó helada... No se encontraba entre todas las paranoias creadas por mi mente.

—¿Te ha pagado Fernando para que me digas todo esto? —un buen pellizco siempre viene bien para comenzar una nueva vida en un país extranjero, pensé.

—Me ofendes, Paula. Y me entristece comprobar lo bien que te has instalado en el mundo en el que todo tiene un precio. Si no me hubiera apetecido, no lo habría hecho pese a todo el oro del mundo.

>>Me gustaba la idea de estar atada para ti. No la de convertir mi cuerpo en un queso *gruyere*, pero sí codiciaba acariciarte, besarte, sentirte... Cuando te vi entrar por la puerta, mi adrenalina se disparó y sentí ganas de gritar... estaba tan caliente... por eso sé que no fue un error... aunque tú lo veas de distinta forma...

—¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo, qué?

—¿Desde cuándo... te gusto en ese sentido? —aclaré.

—Desde hace ya unos años. Supongo que es algo que ha ido surgiendo poco a poco: simpatía, respeto, admiración, atracción... Al juntarte con un depravado, millonario, pero depravado, pensé que quizá fueras más abierta sexualmente de lo que yo había imaginado...

—Has guardado muy bien el secreto todo este tiempo... —afirmé.

—Tú siempre tuviste claro lo que querías y pese a que no sea yo, te aseguro que tampoco es un hombre como Fernando en tu vida y en la de tu hija. Deja de engañarte, por favor. Él no es trigo limpio. No te lo digo ni por malicia, ni

por envidia.

— ¿Enserio crees que le conoces mejor que yo? ¿Qué te ha hecho realmente para que le odies tanto?

—Apartarte de mí, recientemente. De lo anterior ya hablamos en su momento. No me puedo creer que sigas confiando en él...

—No he dicho que lo haga...

Pocas frases más cruzamos durante esa última tarde, a parte de los típicos protocolos verbales que no cierran las puertas a un poco probabilísimo reencuentro. Dos ósculos de despedida y dos caminos paralelos que seguramente no volverán a cruzarse.

En cuanto me quedé a solas, respiré y digerí sus palabras con calma. Había sido fría y distante en cada uno de mis gestos. No haberla dejado invitarme al café era rencoroso y poco generoso por mi parte. Su revelación lo cambiaba todo, mis interpretaciones no podían resultar ilesas ante ella.

Puede que si las formas hubieran sido distintas, puede que si simplemente nos hubiéramos reunido los tres y hubiese surgido ese ambiente de copas y condimentación, de miradas y de calor... ¡no, definitivamente nosotros tres jamás hubiéramos encajado!

* * * *

La sorpresa de Fernando abrió una ventana y la declaración de Carmen había hecho que sintiera deseos de asomarme a ella. Lo ansiaba con curiosidad y sobre todo con una carga muy pesada de prejuicios de la que debía desprenderme. Roí mi interior al tiempo que descubría mis miedos, algunos de los cuales nunca había llegado a conocer.

Me costó entenderlo, aún más asimilarlo... Me confesé con mi propia conciencia y la turbación inicial fue transformándose en interés. Se trataba de un fisgoneo inocente, quizá originado por la falta de esos años utópicos de experimentación universitaria o por el reducido número de mis parejas sexuales.

Decidí y lo hice yo sola. Carmen no era la adecuada. Me sentía demasiado próxima a ella, existían muchos vínculos emocionales, la conocía de una forma que me era imposible renunciar a los eufemismos y dejarme llevar por los tabús frente a ella...

Decir que su opinión no me importaba lo más mínimo era mentir. Mantener que los tríos y orgías no tienen un elevado componente morboso, también. No iba a perseguirme la inquisición, ¿de qué tenía miedo? No quería que un simple capricho derivara en un inestable trío amoroso cargado de desconfianza, celos y luchas constantes.

Reduje el dolor que me provocaban mis propios pensamientos. Tomé consciencia del *carpe diem* y de lo absurdo que resulta negar los mayores placeres —sobre todo si éstos no dañan a nadie—.

Eran más de las diez de la noche. Alberta se acababa de acostar y sabía que Fernando aún tardaría en llegar. Llovía copiosamente. Era reconfortante sentirse en el calor del hogar, como si uno estuviera más protegido de los males del mundo entre cuatro paredes elegantemente alzadas.

Elegí esa noche para dejar que mi pensamiento viajara como ave de presa, para abrirme sexualmente e imaginé la boca de una mujer sobre la mía, su lengua abriéndose paso y dándose a conocer a mi paladar y mis dientes...La lluvia azotaba los cristales, el cielo gris era el protagonista tras los grandes ventanales, la soledad de una noche de espera en un lecho demasiado grande...

Encendí el ordenador portátil sobre la cama, me arrojé con una manta, me acomodé, confirmé que la webcam funcionaba y busqué una página de contactos entre féminas.

Mientras me hacía con los pormenores del funcionamiento de una de las que me parecieron menos pornográficas, se abrió una ventana a través de la que una tal Mila solicitaba mi permiso para iniciar una conversación privada. La acepté, nos saludamos y empezamos a charlar. Nos sentimos a gusto rápido, ella era educada y divertida, me inspiró confianza y no sé cuál de las dos propuso continuar a través de la webcam.

Mila era guapita, morena, con grandes ojos, cara redonda, llevaba una especie de chaleco con cremallera negro. Yo vestía una camiseta blanca ajustada y unos pantalones anchos de pijama. Sonreímos al vernos. Me dijo que ella era

bisexual y que aunque disfrutaba más del sexo con mujeres las había descartado de cara a las relaciones formales por resultar demasiado complicadas y dramáticas en el día a día.

Yo, sin conocerla de nada, me desahugué con ella, le conté gran parte de mi historia y de mis inquietudes, la hice partícipe de algo de lo que parecía gustar de participar y, en un momento en el que yo no me hubiera atrevido aún a pedirselo, me preguntó si me gustaría verla desnuda, si creía que iba a excitarme con ello. Mi respuesta fue rotunda.

Se quitó el chaleco y emergieron unos perfectamente rellenos sujetadores rojos. Se llevó las manos a la espalda y en un gesto más que habitual para ella, se los desabrochó. Un par de senos maravillosos, blancos, de aureolas oscuras y amplias, con pezones pequeños pero erectos y excitados germinaron ante mí... deseaba manosearlos, morderlos, lamerlos, exprimirlos...

Me pidió que le enseñara los míos. Eran blancos también, con las aureolas casi rojizas y los pezones enormes... Podía ver el reflejo de sus puntas rosadas en la pantalla del ordenador.

—Hhhmmm... Unos buenos pechos resultaban tan eróticos...—afirmó Mila
—A falta de podértelos acariciar yo, me gustaría ver cómo lo haces tú, cómo frotas tus senos calientes para mí...

Lo hice y viajé gracias a ese cálido tacto. La revelación de su cuerpo desnudo actuó como un embrujo sobre mí, como si ella fuera demasiado especial para este mundo, como si fuera de cristal... Me puso muy cachonda. Deseaba tocarla, olerla, lamerla brutalmente, ensalivarla por completo...

La manta que anteriormente me envolvía permanecía olvidada en el suelo desde hacía rato. Deshice el cordón de mi pantalón de pijama y comencé a acariciarme, despacio, con movimientos felinos, como si un fuego desconocido me carcomiera por dentro.

Estaba totalmente húmeda, el dedo entró con facilidad y le siguió otro. Uno de ellos salió para jugar con mi clítoris. Ella me enseñó el cofre de su sexo en primer plano y yo me corrí. Fue intenso, muy intenso.

Luego Mila se acercó al ordenador y dijo que quería ver cómo mis flujos habían mojado mi ropa interior. Mi cuerpo seguía latiendo. Le respondí que eso ya lo dejábamos para otra ocasión y ella propuso conocernos en persona.

Un “me lo pensaré” expresado y un “ni loca” interiorizado.

Apagué la webcam. Abrí la ventana y los olores de tierra y hierba mojada invadieron el aire cargado. Respiré muy profundamente y llené mis pulmones del fresco aroma. El destello de luz de los faros de un coche inmóvil iluminaba el exterior de la barrera de entrada. Comprobé la hora en el PC, borré mi historial de búsqueda —ya actuaba como si hubiera pecado... —y lo cerré.

Fernando había llegado y yo seguía caliente. No me apetecía del todo verlo o hablar con él, pero sí follármelo. Seguramente habría comprobado ya que la luz de la habitación estaba encendida. ¿De qué humor vendría esta noche? ¡Qué importaba! El sexo siempre será sexo, bienvenido en todos los humores que conocía de él. El sonido de sus pasos se acercó.

Le esperé apoyada contra la pared, junto a la ventana abierta y con la misma camiseta blanca ajustada que pocos minutos antes me había quitado ante una desconocida. Mis pezones parecían estar a punto para atravesarla en cuanto diese la orden, mis flujos seguían cayendo, notaba el intenso calor interior...

—Buenas noches, mi amor, ¡por fin has llegado!

Él me miró entusiasmado y se acercó rápidamente para darme un tórrido beso de llegada.

—¡Siento haber llegado tan tarde! De camino a casa, me he visto obligado a detener el coche unos minutos debajo de un puente debido a la que estaba cayendo... ¡no recuerdo la última vez que llovió así! Menos mal que tú y Alberta estabais aquí, a salvo... ¿has estado preocupada por mí? —sus labios se inclinaron en una media sonrisa, mientras rodeaba mi cintura con sus brazos.

—¡Desde luego! Tu llegada ha supuesto un auténtico alivio... —puse mis manos sobre sus anchos hombros.

Se quitó la chaqueta y la camisa y se acercó al armario camuflado en la pared para sacar una toalla limpia. Esa portentosa espalda espartana en la que se marcaban todos sus músculos... Hhhmmm... Se quitó los pantalones y se cubrió la mitad inferior del cuerpo con la toalla... ¡Qué bien se ajustaba a sus formas! No pude resistirme más.

Me quité la camiseta por segunda vez esa noche y literalmente lo tiré a la cama, deshice la toalla y cogí su pene con mis manos. Con una empecé a

menearlo con firmeza, pasando las uñas de la otra suavemente desde la nuca hasta la rabadilla. Sabía que a él le ponía literalmente la piel de gallina y que añadía más excitación a su ya de por sí humeante cuerpo.

—Quiero que dejes de pensar porque ahora pensaré yo por ti —pronunció.

Estaba duro como una roca.

Se incorporó para meterse primero uno y luego el otro de mis pechos en su boca. Intento abandonarme, echar la cabeza hacia atrás, pero no me lo permite. Me pide que le mire, mientras sitúa una pierna entre las mías, empujándome hacia arriba y obligándome a frotar mi sexo contra su muslo. Su lengua intensa y autoritaria toma toda la carne a su alcance y sus labios acaban apresando los míos.

Sus dedos se recrean en mi vagina.

—Estás chorreando —sentencia.

Se desliza dentro de mí. Su ritmo implacable guía mi cuello hacia atrás, llevando su boca a la mía. Jadea. Me da la vuelta y me besa profundamente. Cada tanto deja un beso en mi mejilla o en mis párpados. Sin embargo, empiezo a sentir exceso de dominio y control en cada uno de ellos, falta de acoplamiento entre nuestros cuerpos.

—Quiero bañarte en leche, pero antes me apetece usar algo que compré para nosotros... —y salió de dentro de mí para ir a buscar no sé qué.

Fue algo brusco, desconsiderado y protesté. Pareció no escucharme.

—No podía dejar de pensar en este masajeador de silicona, ¡mira! —el instrumento en forma de U desproporcionada y de color lila era descrito como el rey de los vibradores.

Cuando me explicó que podía controlarlo desde su teléfono móvil, desde cualquier punto del planeta, y que permitía hacer listas de reproducción con las mejores combinaciones de vibraciones logradas, fue como si lanzaran cubos de agua a mi fuego interior, que se apagó de inmediato.

—Quiero que lo probemos ahora.

Su cuerpo fibroso no bastó para que yo respondiera. No me apetecía seguir más, toda mi excitación se había esfumado, pero ¿podía permitirme ser tan

egoísta, después de todo? El quiero, quiero, quiero y sobretodo el aparatito púrpura habían convertido ese encuentro concreto en incómodo, artificial... ¿no podían bastarle nuestros cuerpos y mentes?

—Mejor otro día, Fernando —finalmente, objeté.

—Sinceramente, Paula, a veces, no te entiendo. Estabas tan caliente cuando he llegado... —se quedó mirándome, como si exigiera una explicación.

—Sí, lo estaba... hasta he pensado que iba a correrme, pero tú has decidido interrumpir para salir en busca de un consolador que parece ser ha revolucionado el mercado por las posibilidades de control a distancia que ofrece...

—Creo que no te ha gustado la idea...

—Tu arrogancia y tu miedo no te dejan ver la verdad: nada depende de ti —le dije.

No creo que entendiera mi mensaje. Tampoco le importó no hacerlo. Y nos acostamos dándonos las espaldas y sin que nuestros cuerpos se rozaran lo más mínimo.

A la mañana siguiente, al despertar en un nuevo día, mi primer pensamiento fue hacia esa web de contactos a través de la que había conocido a aquella chica heterosexual que dominaba el arte de seducción.

De forma casi adictiva, mis contactos online se convirtieron en un ritual del que no podía prescindir con total conformidad. Creaba el momento destinado exclusivamente a mi gozo sexual si éste no se daba. Me hice más amiga que nunca del portátil.

Las opciones que ofrece hoy en día permitían que nadie intuyera mis abusos, vamos, que Fernando no los intuyera. Fue completamente revelador sentir como sus besos seguían siendo deseados, esperados, necesarios... No sentía rechazo hacia él, sino necesidad de aprobación, de aceptación y su afecto era para mí muestra de ello.

No volví a coincidir con Mila, pero conocí a Iana. Era mestiza, de origen sudafricano y debo admitir que eso me atrajo como un imán. Era una mujer muy bella, de enormes ojos verdes y largo cabello ondulado; cada una de sus facciones resaltaba su fuerte y marcada personalidad. Era culta y rebelde. No siempre tocábamos el tema sexual en nuestras charlas.

Me gustaba conocer su opinión sobre las noticias más destacadas de la jornada. Intuía un cuerpo con curvas, pero proporcionado, bien moldeado. En poco tiempo convertí a Lana en mi mejor amiga —aquella que siempre deseé tener y que jamás he tenido —y en el miembro fantaseado del que sería mi primer trío sexual. Estaba convencida de ello y ni tan siquiera nos habíamos visto frente a frente, sin la mediación de una pantalla.

* * * *

Una figura se deslizaba entre las casas de una urbanización cualquiera buscando cobijo en los pequeños aleros frente a la poderosa lluvia que estaba cayendo. El chubasquero, verde oscuro, me tapaba por completo. Cualquiera que me viera pensaría que soy una pobre infeliz por atreverme a pasear al anochecer bajo semejante riada.

Al llegar a una amplia avenida corrí a cobijarme bajo un roble enorme y miré al cielo, entre esperando y suplicando que cesase el chaparrón. Mis ojos buscaron un vestigio de sol que detuviera la tormenta, pero al no ser así, volví a cubrirme la cabeza y continué mi marcha.

Un rayo cayó cerca, y me sobresalté. El trueno, poderoso, no se hizo esperar y al momento la lluvia comenzó a arreciar. Estaba cansada, intenté acelerar el paso trabajosamente. Mi respiración se agitó y el vaho apareció. El agua terminó de atravesar el impermeable y comenzó a mojar el grueso jersey de lana que llevaba debajo, haciéndome tiritar.

Vacilé. Saqué el papelillo en el que había anotado la dirección exacta. Sí, finalmente había llegado a mi destino, un chalet mediano, de dos plantas, con un pequeño jardín en la parte delantera. Subí los escalones que llegaban hasta el porche principal y me quité la capucha —me estaba asfixiando—.

El sudor en mis manos se hizo inevitable. Volví a bajar los mismos escalones; las gotas de lluvia caían fuertemente sobre mi rostro, parecían castigarme por la decisión que había tomado.

¿Qué hacía ahí? Remordimiento. El mortificante ruidillo de las gotas cayendo sobre el aluminio de la entrada comenzaba a desquiciarme. Volví a subir los escalones con decisión y esta vez pulsé el timbre. Una mujer de piel color

caramelo ataviada con un pequeño vestido no tardó en abrirme la puerta.

—¡Paula! Estás empapada. Ven, ¡entra a secarte si no quieres coger una neumonía! —cerró la puerta y se apresuró en despojarme de esa primera capa verde chorreante —Pensaba que no estarías tan loca como para venir hasta aquí en plena tormenta... Voy a por unas toallas y a por algo de ropa seca. ¿Necesitas algo más?

—No te preocupes. Todo bien, gracias Iana...—apenas balbuceé tímidamente.

—Estupendo, siéntete como si estuvieras en tu casa. Deberías quitarte ese jersey calado y secarte frente a la estufa. Enseguida vuelvo —añadió.

Apenas me dio tiempo a forzar una medio sonrisa antes de que desapareciera de mi campo de visión. Ahí estaba yo, confusa, plantada en el salón de la casa de Iana con mis vaqueros preferidos. Ella con un minivestido fingiendo que no esperaba mi llegada. Hacía unos dos meses desde que conversábamos, prácticamente a diario. Es curioso como las nuevas tecnologías han afectado a la forma de relacionarnos con nuestros contemporáneos...

—¿Ya has entrado en calor, Paula? —pasó una mano por mi espalda provocándome escalofríos —Te he traído un capuchino... definitivamente estás loca, amiga. ¡Vaya día para nuestro primer encuentro!

—¡Qué atenta! Casi me siento como en casa. Gracias. —exageré y me recosté contra el sofá.

Empezamos a hablar sobre obviedades y banalidades Los delicados arcos de sus pómulos, el exuberante abultamiento de sus pechos, la picardía de su mirada, la melosidad de su voz... Todo era pura provocación que me iba desarmando, cautivando, enredando... Sabía que la expresión de mis ojos sólo podía expresar la voracidad de mi deseo por explorarla. No me había calado hasta los huesos sólo para conversar.

Me quité los zapatos y metí los pies debajo de mí. Intercambiamos ciertas palabras más íntimas, ella enreda sus dedos con los míos, destaca la electricidad del tacto y toma la iniciativa.

Sus labios estaban sobre los míos. Me besó lentamente. Deslizó su lengua dentro y tomó el control en pocos segundos. Yo respondí algo torpe. Su mano se movió hacia mi escote, mientras demandaba más de mí.

Me soltó algunos botones de la blusa. Sus ojos vidriosos contemplaron mi sujetador negro de encaje, ajustado, diminuto, con su lacito en el centro, antes de que sus manos lo hicieron caer al suelo.

Besó mis pechos con lentitud, rodeándolos, excitándonos, tocándonos sutilmente, describiendo semicírculos. Con su mano unía mis pechos por el centro y los besaba. Empujó mi cabeza sobre los suyos. El aroma que desprendía lana me tenía presa. Yo quería descubrir, ¿puede que si careciéramos de prejuicios fuéramos todos bisexuales?

Sus cabellos rozaban mi piel y eran suaves como hilos de seda. Comenzó a chuparme el cuello. ¿De verdad estaba pasando aquello? El rayo de lujuria quería que yo la saboreara empezando por sus senos demandantes pero justo, justo entonces y no podría haber sido en otro momento, leí la palabra ‘Mexas’ impresa en lo que parecía ser un folleto abandonado sobre una mesa. Me resultaba familiar. No tardé en ubicarla.

Era la misma del letrero luminoso que anunciaba la zona VIP del “circo sexual” en el que conocí a Fernando. No sé porqué mis ojos se detuvieron en aquel detalle, que tan concluyente resultó, pero lo hicieron. Quizá ese instinto que se agudiza ante la desconfianza...

—¿Qué es este papel de aquí? —ya me hube desenredado de ella y lanzado a por él.

—¿El qué? —Giró la cabeza para reconocer lo que mis manos custodiaban —¡Ah, una invitación para una fiesta ¿Por qué? ¿Te apetece ir?

No me gustó mi hallazgo. Lo interpreté como algún otro tipo de señal que reprochaba mis planes...Mi cuerpo no podría ganar a mi mente en esta ocasión.

* * * *

No podía hacerlo. Si lo que realmente quería era una relación sana, no podía. Una mentira siempre lleva a otra y a otra y a otra, complicando aún más la de ya por sí complicada existencia. No. La verdad siempre te acaba encontrando. Con los años te das cuenta de que creer en los cuentos de hadas de tu infancia

no es posible. Fernando nos había aportado comodidad y bienestar, había dado alas a decenas de nuestras ilusiones, era un gran amante, sus manos, su lengua, su pene, todo su cuerpo me deseaba, pero a veces sentía yo no bastarle y cuanto más insistía él en probar este juguete o aquella incomodísima postura, más se agarraba en mí ese sentimiento.

Los ojos pueden engañar; el corazón, nunca. Mi corazón llegó a estar resentido, enfadado, rabioso por no saber interpretar mis propias reacciones, ni controlar mis miedos y prejuicios. Desde luego tras el incidente con Carmen algo había cambiado: el mosquito de la curiosidad me había picado.

Una vida llena de confort en la que explorar mi propia sexualidad era posible, pero sin mantenerle a él al margen. Es necesario aguantar; aprender a adaptarse por un bien mayor exige armarse de paciencia, de humildad, de seguridad... Mi mantra era “siempre lo mejor para Alberta” y que a su madre le diese ahora por flirtear con mujeres no era ni ejemplarizante, ni estabilizante para ella. Punto.

Durante su infancia, mi hija no me había herido ni una sola vez, su amor había sido tan absoluto y leal... sin embargo, en la adolescencia las aguas tienden a removerse ¿Vivir por y para tu hija es suficiente? Puede que para algunos sí, pero no para todos. Tener aspiraciones no te convierte en mala madre. No dar prioridad al bienestar de tu hija, sí.

¿Hasta qué punto nos conocemos a nosotros mismos? ¿Cuánto nos llega a marcar la aspiración moral de nuestros días? ¿Está el amor por encima del sexo? Sin duda.

El amor tiene tantas variantes como formas de entregarlo y recibirlo muestran las diferentes personas —y dicen que no hay dos seres humanos iguales—. Abrir la mente al placer puede implicar tener que plantearse en un momento u otro. Disfrutar o hacer disfrutar a la persona a la que uno ama puede exigir algún tipo de sacrificio y lo realmente importante es ser capaz de controlar a lo que uno está dispuesto a renunciar.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
[— Comedia Erótica y Humor —](#)

[J * did@ - mente Erótica](#)

[BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario](#)
[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)
[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el

moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por

mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la

Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.